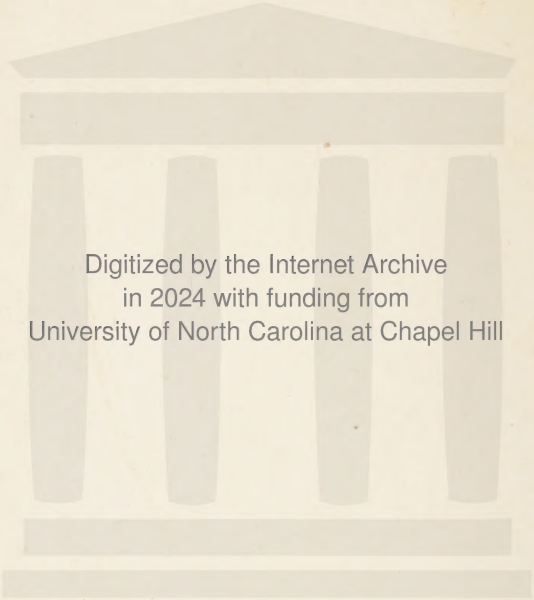
EL TEATRO MODERNO

MIMÍ VALDÉS

JOSE FERNANDEZ DEL VILLAR

A6693

PRENSA MODERNA


Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/mimvaldsescenasd5660fern

EL TEATRO
MODERNO
AÑO II 30 octubre 1926 NÚM. 60

José F. del Villar

MIMÍ VALDÉS

ESCENAS DE LA VIDA MODERNA,
EN TRES ACTOS, EN PROSA

Estrenada en el Teatro Reina Victoria,
el 26 de junio de 1926

PRENSA MODERNA
MADRID

LA NOVELA PASIONAL

APARECE LOS SABADOS
Novelas cortas de los mejores autores del género erótico. 50 CTS.

EL TEATRO

APARECE LOS SABADOS
Publica íntegramente los más grandes éxitos de los mejores autores. 50 CTS.

FRU-FRU

APARECE LOS JUEVES
Novelitas eróticas de los más prestigiosos escritores galantes. 30 CTS.

COLECCION IMPERIO

NOVELAS DE AMOR ::
Sugestiva lectura, llenadas ilustraciones, primorosa edición. 3 PTAS.

PRENSA MODERNA
APARTADO 8.012
MADRID

A Josefina Díaz de Artigas

y a Santiago Artigas

A ustedes, que con sin igual cariño acogieron estas escenas, tiene un placer en dedicárselas, por gratitud, por admiración y por simpatía, su incondicional y devoto amigo,

J. Fernández del Villar

862.8
T257
Mm.54-60
648729

REPARTO

PERSONAJES	*ACTORES*
Mimí Valdés...	*Josefina Díaz de Artigas.*
Elena de Montalvo, Condesa de Miraluz...	*Isabel Zurita.*
Loló Gracián...	*Mercedes Prendes.*
Doña Luisa...	*Elena Rodríguez.*
Doña Ambrosia...	*Natividad Ríos.*
Maruja Cisneros...	*Carmen Prendes.*
Pilarín Cisneros...	*Concepción Murillo.*
Matilde...	*María Díaz Valcárcel.*
Ramón Longoria...	*Santiago Artigas.*
Carlitos Piña...	*Fernando Ferdez. de Córdoba.*
Don Miguel Valdés...	*Manuel Díaz de la Haza.*
Javier Miraluz, conde de Miraluz.	*Fulgencio Nogueras.*
Taravilla...	*Rafael Ragel.*
Pepito Vázquez...	*Juan Artigas.*
Juanito Robles...	*Octavio Castellanos.*
Perico...	*Aniceto Alemán.*
Maître d'hôtel...	*José Trescoli.*

La acción de los actos primero y segundo, en San Sebastián; la del tercero, en Madrid.—Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Hall del "Donostia Hotel", que hemos de suponer situado en el Paseo de Miraconcha, de San Sebastián. Al foro, amplios ventanales que dan a un jardín, cercado en último término por una verja. Los ventanales estarán abiertos y tendrán, por la parte del jardín, unas palomillas que sujetarán unos toldos de lona rayada a listas blancas y azules. Al foro derecha, formando chaflán, puerta de entrada al hotel, por la que también se verá el jardín y que deberá estar cubierta, en su parte exterior, por una marquesina, de la que colgarán dos artísticos faroles de hierro forjado. Fuera, a cada lado de la puerta, grandes macetones con plantas. A lo largo del foro corre un pasillo que, partiendo de la puerta de entrada, se imagina que continúa por el último término de la izquierda. A la izquierda, adosados a la pared, varios pupitres de madera, separados unos de otros por lunas de cristal esmerilado. En la pared, a una altura conveniente sobre cada pupitre, un aparato de luz eléctrica, y, en el centro de la escena, pendiente del techo, otro aparato de gran tamaño, que armonice en estilo, a ser posible, con los de los pupitres. A la derecha, en primer término, puerta que conduce a la sala de visitas. Suelo de parquet, brillante como un espejo. Por la escena, unas cuantas mesitas, sillas y sillones de mimbre. Sobre cualquiera de las mesas habrá unos cuantos periódicos y revistas. Comienza la acción en la mañana de un hermoso día de finales de septiembre.

(Al levantarse el telón, la escena está sola. Unos segundos después irrumpen en el hall, por la izquierda del pasillo del foro, Ramón Longoria y el Maître d'hôtel. Ramón Longoria es un hombre de veintitantos años, más cerca de los treinta que de los veinte, de arrogante figura y distinguidos ademanes, que viste un traje de mañana, de irreprochable corte, y se toca con sombrero de paja. El Maître d'hôtel lleva levitón de paño verde, con botones dora-

dos, pantalón con franja, y en la mano el libro de registro de viajeros.)

RAM. *(Al Maître, que le sigue.)* ¡Que suban mi equipaje al número veinticuatro!

MAIT. Al momento, señor. *(Volviéndose hacia el pasillo.)* Oye, tú, Matilde; lleva el equipaje del señor al número veinticuatro. *(Dirigiéndose a Ramón.)* ¿Quiere el señor tener la bondad de llenar el libro de registro?

RAM. ¿Por qué no? Deme. *(El Maître le entrega el libro que lleva en la mano, y Ramón, sentándose a una de las mesas, tira de pluma estilográfica.)* Supongo que habrán avisado ya al señor Piña.

MAIT. El señor Piña está en el cuarto de baño y ha dicho que en seguida baja.

RAM. Conforme. *(Hay una pausa, durante la cual sólo se oye el rasguear de la pluma de Ramón. Al terminar éste de llenar la hoja correspondiente, se levanta y devuelve el libro al Maître.)* Aquí tiene usted.

MAIT. Mil gracias, señor.

RAM. ¿Mucha gente este verano en San Sebastián?

MAIT. Menos que otros años, señor.

RAM. Era de esperar.

MAIT. El gran público se lo ha llevado Biarritz.

RAM. ¡Naturalmente!

MAIT. Así y todo, nosotros no podemos quejarnos. El Donostia es un hotel muy acreditado, tiene su clientela que no le falta y aunque ahora ya, a finales de septiembre, quedan pocos veraneantes, los meses de julio y agosto hemos tenido todas las habitaciones ocupadas. Apenas si se ha notado la diferencia con años anteriores.

RAM. Sin embargo, mala cosa ha sido para San Sebastián la supresión del juego.

MAIT. Tal vez. Y lo cierto es que la mayoría de los señores que veraneaban aquí no jugaban; pero... ¡Qué sé yo! Sin duda venían a ver jugar.

RAM. *(Riéndose.)* ¡Es muy posible!

MAIT. *(Mirando hacia el foro izquierda.)* Aquí llega don Carlos. Si el señor no tiene nada que mandarme...

RAM. Nada, maître. Muchas gracias.

MAIT. *(Haciendo una reverencia.)* A las órdenes del señor. *(Por el foro izquierda sale Carlitos Piña, con un batín. El Maître se espera en el pasillo del foro para cederle el paso, y luego se marcha por el foro izquierda. Al verse, Carlitos y Ramón se abrazan efusivamente. Carlitos es un mozo de veinticinco primaveras, muy simpático y a la vez muy tarambana.)*

RAM. ¡Carlitos!

CARLI. ¡Chico! ¿Tú aquí? ¡Qué agradable sorpresa!

RAM. ¿No me esperabas?

CARLI. Ni remotamente. ¿Cómo estás?

RAM. ¡Ya me ves! A ti, no hay que preguntarte: ¡tan gallardo y calavera como de costumbre!

CARLI. ¿Cuándo has llegado?

RAM. Ahora mismo; no hará un cuarto de hora.

CARLI. ¿De Madrid?

RAM. ¡De Madrid! ¡Qué calor, muchacho! Aquello es un infierno.

CARLI. Y esto la gloria.

RAM. Por eso he venido.

CARLI. Siéntate. ¡Siéntate, Ramón! *(Se sientan los dos.)* Y cuéntame... ¿A qué se debe tu visita?

RAM. Ya te lo he dicho; al deseo de respirar. Después de haberme pasado, como sabes, cerca de ocho meses en mi cortijo de Granada, me trasladé a Madrid hace tres días, creyendo que, a la altura que estamos de septiembre, ya el calor iría de pasada, pero, sí, sí... ¡No tienes idea! En fin, tanto ha sido lo que he sudado en esos días, que ayer, a última hora, decidí el viaje a San Sebastián, en busca de un poco de fresco. Como pensaba que tú, siguiendo la tradición de otros veranos, te hospedarías en el Donostia, al Donostía he venido di-

rectamente desde la estación, y aquí me tienes.

CARLI. *(Con sorna.)* Me parece muy bien. Sólo que yo, que soy un poco más listo de lo que tú crees, no me trago el paquete.

RAM. ¿Qué?

CARLI. *(Zumbonamente.)* ¡A otro perro con ese hueso! A mí no me la das. ¿Que tú estás en el Donostía por mí? ¡Vamos, Ramoncito! ¡Ni que nos conociéramos de ayer de mañana!

RAM. ¿Cómo?

CARLI. Tú estás aquí porque está aquí la Miraluz, y has venido a San Sebastián por el mismo motivo.

RAM. ¿Qué dices?

CARLI. ¡A ver si piensas que me acabo de caer de un cocotero!

RAM. *(Aterrado.)* ¿Que está aquí Elena?

CARLI. ¡Sí; que tú no lo sabes!

RAM. ¡Te lo juro!

CARLI. *(Sonriéndose.)* ¡Vaya, Ramón!

RAM. *(Con firme acento de sinceridad.)* ¡Te lo juro, Carlos!

CARLI. *(Convencido.)* Basta. Perdona. Pues, sí, chico, aquí está; con su dulce y melifluo esposo, el buen Javier Miraluz, conde de ídem.

RAM. ¡Qué contrariedad! De haberlo sospechado, me voy a Santander o a la Indochina. ¡Todo menos meterme yo mismo en la boca del lobo! ¡Es de imbécil! Casi estaba por marcharme...

CARLI. ¡Quita, chico! ¡Qué te has de ir! ¡Tendría que ver!

RAM. Le temo a esa mujer más que a un terremoto, Carlitos. Y no quiero volver a las andadas. Aquello terminó, felizmente para mí, y sería una estúpida complicación que ella, al encontrarse aquí conmigo, pensase que yo intentaba reanudar... ¡No, no! ¡De ninguna manera! *(Levantándose.)* ¡Déjame marchar, Piñita; deja que me vaya! Tú no sabes de lo que es ca-

paz esa criatura. Y quien quita la ocasión, quita el peligro.

CARLI. Pero, chico, ¿tienes más que no hacerle caso?

RAM. ¡Fácil es eso!

CARLI. ¿Que te la encuentras? Pues, buenos días, buenas noches y quede usted con Dios. ¡Nada tan sencillo!

RAM. ¡Ya se ve que no la conoces!

CARLI. Además de que con el marido al paño, no creo que se atreva...

RAM. ¡Vaya si se atreve! ¡Más valiente es que Vicente Pastor!

CARLI. Bueno; es que te advierto que ya hace falta ser Vicente Pastor para ir con ese marido por el mundo; eso es aparte.

RAM. *(En tono de reconvención amistosa.)* ¡Carlitos!

CARLI. *(Riéndose.)* ¡Vamos, panoli, no te preocupes! ¡Pues sí que eres tú un hombre corrido! Me río yo...

RAM. *(Adoptando una resolución y sentándose de nuevo.)* Como quieras. No se hable más. Aquí me quedo y pase lo que pase. ¡Bien sabe Dios que yo no lo he buscado!

CARLI. Pero ¿qué va a pasar?

RAM. ¡Nada! Ya te he dicho que hablemos de otra cosa. Cuéntame de ti. *(Por la izquierda del pasillo del foro, sale doña Ambrosia, mujer de mediana edad, de pelo muy rubio, que a la legua se ve que es oxigenado. Viste un trajecito oscuro y lleva en los labios estereotipada una dulce sonrisa.)*

AMBRO. Buenos días, señor Piña y la compaña.

CARLI. Buenos días, doña Ambrosia.

RAM. Buenos días, señora.

CARLI. ¿Dónde tan de mañana?

AMBRO. Al jardín; pero no tan de mañana, señor Piña, que son las once. Sin duda hoy se le han pegado un poco las sábanas.

CARLI. Un poco, doña Ambrosia. Salimos anoche tan tarde de la fiesta de Igueldo...

AMBRO. ¡Qué juventud! A las siete ya me tenía usted levantada.
CARLI. Y yo también hubiera estado si hago lo que usted: pasarme la noche dando ronquidos.
AMBRO. ¡Hiperbólico!
CARLI. ¿Y a qué va usted al jardín?
AMBRO. A oxigenarme.
CARLI. ¿Más? Si tiene usted el pelo que es una mazorca.
AMBRO. No sea usted malicioso, señor Piña. Voy a tomar un poco de aire puro para mis pulmones, que bien lo necesitan.
CARLI. Eso es otra cosa. ¡Pues vaya, vaya! Por mí no se detenga. ¿Y don Miguel? ¿Y las chicas?
AMBRO. En el comedor los tiene usted desayunándose.
CARLI. ¿Todos?
AMBRO. Todos: don Miguel, la señorita Mimí y su prima la señorita Loló. Si no se da usted alguna prisa en arreglarse, lo que es hoy no nos acompaña usted a la playa.
CARLI. Seguro.
AMBRO. Hasta luego, señor Piña.
CARLI. Hasta luego, doña Ambrosia. Y que le aproveche a usted el oxígeno.
AMBRO. *(A Ramón.)* Servidora de usted.
RAM. A sus pies, señora. *(Vase doña Ambrosia por la puerta de entrada.)* Oye, tú, ¿quien es este loro?
CARLI. La carabina de Mimí Valdés.
RAM. Sigo en ayunas. Y ¿quién es Mimí Valdés? Necesito conocer a tus nuevas amistades.
CARLI. Pues Mimí Valdés es una chica monísima, ideal, inmensamente rica, a la que vengo poniendo los puntos hace ya una temporada.
RAM. ¿Que se hospeda aquí, naturalmente?
CARLI. ¡Naturalmente!
RAM. ¡Ah, pillín! Pues que sea enhorabuena. ¡Te felicito!
CARLI. Pero ¡por Dios, Ramón, que te conozco! No me la vayas a picar como tantas otras. ¡Mira que éste es el amor de mi vida!

RAM. *(Riéndose.)* ¡Qué cosas se te ocurren! Yo soy incapaz...

CARLI. Igual me has dicho en diferentes ocasiones y luego ha resultado que me han dejado en puerta para irse contigo. ¡Ramón, que te conozco!

RAM. Pero ¿qué tiene que ver, hombre? Al fin han sido mujeres de otra clase: fáciles, galantes, asequibles al primer postor... En este caso supongo yo que se trata de una señorita distinguida...

CARLI. ¡Ah! Eso, sí. ¡Distinguidísima! Pero no importa. ¡Te temo, Ramón! Me pasa lo que a ti con la condesa. No sé qué les darás, que basta que hables con ellas una sola vez para que se sientan atraídas hacia ti por una fuerza invencible y misteriosa. Te temo, Ramón, y por eso te lo aviso con tiempo. Aquí, no, ¿eh? Aquí es cuestión de vida o muerte para mí y por eso te suplico que te reprimas, que no te excedas...

RAM. ¡Caray, chico! Cualquiera que te oyese... ¿Pude yo evitar lo de Angelita? ¿Y lo de María Paz? ¿Y lo de la funambulista? ¿No te consta a ti mismo que fueron ellas las que me buscaron y me asediaron, y que yo, sin recabar primero tu consentimiento, no les di oído ni les hice el menor caso?

CARLI. Cierto, cierto. Y por esa razón se me pone la carne de gallina de pensar que con Mimí pudiera sucederme otro tanto. Las mujeres, en ese punto, no admiten diferencias ni distingos: todas son iguales.

RAM. Tú exageras.

CARLI. No exagero, Ramón.

RAM. Pues, bueno, chico, si tan enamorado estás y tanto temes mi influencia—y con razón, al fin gato escaldado—, se me ocurre un medio para llevar a tu ánimo la tranquilidad: no me la presentes. ¡No me presentes a esa Mimí de tus ensueños! Y así, huyendo del contacto, evi-

tamos que se produzca la chispa. Me parece el camino mejor.

CARLI. Sin género de duda. Pero ¿tú no te disgustas porque yo cometa contigo esa incorrección?

RAM. ¡Qué me he de disgustar! No seas bobo.

CARLI. ¡Ay, gracias, Ramón, muchas gracias! Devuelves la paz a mi espíritu, alterado desde que la camarera me anunció tu llegada.

RAM. ¡Qué niñería!

CARLI. ¡No es niñería, caray! ¡Que no es una mujer ni dos las que me has pisado en esta vida, que han sido todas! ¡Todas!

RAM. Y ¿he tenido yo la culpa?

CARLI. Tú, no. ¡Lástima fuera! Por eso hemos seguido siendo amigos.

RAM. ¿Entonces?...

CARLI. Pero es fatalidad, mi mala pata... ¡Qué sé yo! *(Por la izquierda sale Mimí Valdés, con un traje de playa elegantísimo. Mimí Veldés es un lucero, pero, como hija única que es, criada sin madre, está llena de manías y de caprichos. Al verla, Carlitos habla en tono confidencial con Ramón Longoria.)* ¡Calla! ¡Ella! Mira. Aquí la tienes. ¡Fíjate qué mujer!

RAM. ¡Guapísima!

CARLI. *(En ascuas.)* ¡Ramón!... ¡Por tus muertos!

RAM. ¡Nada, hombre! Tranquilízate... Para mí como si no existiera. ¡Va jurado!

CARLI. Pues que Dios te lo pague. *(Se levanta y se acerca a saludar a Mimí, que se ha quedado asomada a uno de los ventanales.)* Buenos días, Mimí.

MIMI. ¡Hola, Carlitos!

CARLI. ¿Se ha descansado?

MIMI. Pero ¿todavía así, hombre de Dios? ¿A qué hora piensa usted que vayamos a la playa?

CARLI. Perdóneme usted, Mimí. En un momento acabo de vestirme. Me entretuve con este amigo, que acaba de llegar de Madrid...

MIMI. ¿Quién? *(Mimí mira a Ramón y éste vuelve la espalda haciéndose el distraído.)*

CARLI. *(Señalando a Ramón.)* Este. Ramón Longoria, un antiguo compañero...

MIMI. ¿Ramón Longoria? Le conozco de vista. Es un muchacho muy simpático y que tiene una preciosa figura...

CARLI. Regular.

MIMI. A la vista salta.

CARLI. (¡Ya empezamos!)

MIMI. Preséntemе.

CARLI. ¿Cómo?

MIMI. Que me presente usted.

CARLI. ¿Que le presente yo a quién?

MIMI. A su amigo, a Ramón Longoria.

CARLI. ¿A Ramón Longoria?

MIMI. ¿Por qué no?

CARLI. Luego.

MIMI. ¿Qué?

CARLI. Ahora.

MIMI. ¿Cómo?

CARLI. Que ahora, que no les quiero hacer esperar mucho. Voy a vestirme. (¡Nada, que no hay manera!) Con su permiso, Mimí.

MIMI. ¡Pero, Carlitos!...

CARLI. *(Marchándose por la izquierda del pasillo del foro.)* Vuelvo, vuelvo en seguida. Ahora, ahora... (¡Ya está, ya está!) *(Desaparece.)*

MIMI. ¡Pero qué chico tan loco! *(Avanza hasta el centro de la escena.)*

RAM. *(Comiéndose con los ojos a Mimí.)* (Pues es una mujer que quita las penas. ¡Nada más que eso! Este Carlitos tiene una fortuna...)

MIMI. *(Con aire indiferente.)* Buenos días. *(Coge una revista y la hojea.)*

RAM. Inmejorables, señorita. Lo que es al de hoy no se le puede pedir más. (¡Ramón, que te escurres!)

MIMI. ¿Es usted amigo de Carlitos Piña?

RAM. Un verdadero amigo.

MIMI. Tan tarambana es, que no nos ha presentado.

RAM. ¡Ni falta que hace!

MIMI. ¿Eh?

RAM. Una mujer como usted se presenta sola. (¡Que te escurres, Ramón!)

MIMI. Muy amable.

RAM. ¿Es usted Mimí Valdés?

MIMI. ¿Y usted Ramón Longoria?

RAM. Para servirla. ¿Ve usted cómo no hacian falta las presentaciones?

MIMI. Verdad.

RAM. Carlitos se me ha pasado hora y pico hablándome de usted.

MIMI. ¡Pobre muchacho! Es muy buena persona. Me estima mucho, y yo también a él. Como amigo, ¿eh? Nada de otra cosa, aunque a otra cosa aspire.

RAM. Cierto que sí. Y temo que se lleve un disgusto cuando lo sepa.

MIMI. Lo sentiré, porque le repito que es un buen amigo, pero no es Carlitos, ni con mucho, el tipo de hombre que yo sueño.

RAM. ¡Ah! ¿Tiene usted ya formado su tipo?

MIMI. ¿Y quién no? ¿No tiene usted formado, quizá, el de la mujer que ha de agradarle? *(Mimí saca una elegante pitillera y de ella un cigarrillo egipcio, que enciende y fuma.)*

RAM. A grandes rasgos, desde luego. En primer lugar, la mujer que a mí me cautive ha de ser, ante todo y por encima de todo, mujer.

MIMI. ¡Claro!

RAM. No tan claro, señorita; que en los tiempos en que vivimos es muy difícil encontrar una mujer mujer. ¡No tan claro! Hay... *niñas*, eso sí; niñas *bien*, como se dice ahora; muchas niñas, pero muy pocas, poquísimas mujeres. Porque la mujer, para que lo sea, en el verdadero sentido de la palabra, ha de tener como condición indispensable, fisonomía propia, sello peculiar, y estas niñas del día parecen todas cortadas a patrón, no hay forma de distinguir a unas de otras; todas tienen la misma silueta recta y lisa, el mismo hablar dengoso y el mismo pie siempre torcido a estilo de los maniquíes

de Paquín. ¡Las aborrezco! *(Mimí, que tenía su pie torcido en la postura marcada por Ramón Longoria, lo pone derecho, como impulsada por un resorte.)*

MIMI. Por lo visto es usted un hombre chapado a la antigua.

RAM. En ese aspecto, ¿quién lo duda? Y en otros muchos también. En el del tocado femenino, por ejemplo.

MIMI. ¡Ah! ¿También el tocado femenino le molesta?

RAM. No es que me molesta, es que me hace daño. ¿Cómo iba yo a tolerar que mi mujer, la que fuese a ser mi mujer y luego la madre de mis hijos, llevase un indumento tan descocado y procaz como llevan hoy la mayoría de las muchachas? Brazos desnudos, descote pronunciado, falda a la rodilla, melena a lo *garçon* y cigarrillo en la boca... ¡No en mis días! *(Mimí al oír lo de los brazos y el descote, se cubre los suyos con el echarpe; al oír lo de la falda se coloca detrás de una de las mesitas, y al oír lo del cigarrillo tirá disimuladamente el que se fuma.)* Considere usted, señorita, que nada satisface tanto al espíritu de un hombre honrado como la honestidad en la mujer.

MIMI. Mirado desde ese punto...

RAM. ¿Es que hay otro? Por eso yo lo tengo absolutamente decidido y resuelto. No me pienso casar ni aunque en ello me vaya la salvación eterna.

MIMI. So pena de que encuentre usted el mirlo blanco de sus ansias.

RAM. ¡Ah! En ese caso... Pero lo creo difícil, muy difícil, señorita.

MIMI. (¡Es interesante este hombre!)

RAM. (¡Es definitiva esta mujer! Pero le he prometido a Carlitos no pisársela y yo soy hombre que cumple lo que ofrece.) En fin, señorita Mimí; bastante charla hemos tenido para no haber sido presentados.

MIMI. ¿Cómo?

RAM. Con su permiso, necesito redactar unos telefonemas.

MIMI. Usted es muy dueño. (¡Qué intemperancia!) *(Ramón se sienta a uno de los pupitres, saca unas hojas de telefonemas y empieza a escribir. Mimí, deseosa de reanudar el palique, le interrumpe.)* Diga usted, señor Longoria...

RAM. *(Con gesto desabrido.)* Perdone usted, señorita, pero tengo que hacer.

MIMI. *(Ofendida.)* (¡Qué grosería!)

RAM. (Prefiero que me crea un ineducado a que me tome voluntad. Nos sacrificaremos por Carlitos.)

MIMI. (¿Qué clase de hombre es éste?) Señor Longoria...

RAM. Dispense usted, señorita, que no la atienda pero esto es urgente.

MIMI. Es que...

RAM. *(Levantándose malhumorado.)* ¡Vaya! Los redactaré en mi cuarto. *(Coge las hojas y hace un saludo a Mimí.)* ¡A su devoción! *(Se va por la izquierda del pasillo.)*

MIMI. *(Hecha un basilisco.)* ¡Señor Longoria! Pero ¿qué modo de tratar a una señorita es éste? ¡Grosero, más que grosero! ¿Qué se habrá figurado ese trasto? ¡Ah, señor Longoria, nos veremos las caras! ¡Usted no sabe todavía quién es Mimí Valdés! *(Por la izquierda del foro aparecen don Miguel Valdés, padre de Mimí, un señor cargado de millones, que no tiene otra misión en la tierra que la de satisfacer los menores caprichos de su hija, y Loló Gracián, prima de Mimí, una muchacha monísima y simpatiquísima.)*

MIG. ¿Qué te pasa, hija?

MIMI. Nada, papá.

MIG. Te encuentro alterada, nerviosa, inquieta...

MIMI. ¡Nada, papá!

MIG. ¡Bueno, bueno!... Cuando tú lo dices...

LOLO. ¿Estamos listos?

MÍMI. Por mí, cuando queráis.

LOLO. Pues anda, vamos... Doña Ambrosia nos espera en el jardín.

MIG. Pero ¿no le avisamos a Carlitos?

MIMI. ¡Que le avisen!

MIG. *(Yendo hasta la izquierda del pasillo del foro y suponiéndose que habla con el Maître d'hôtel.)* Oiga, maître, ¿tiene la bondad de llamar al cuarto del señor Piña y decirle que le estamos aguardando? *(Después de una pausa.)* Muchas gracias, maître. *(Volviendo a escena.)* Que no diga el muchacho que le hemos dejado abandonado.

MIMI. Oye, papá: ahora mismo, en cuanto tomemos el baño, nos vamos a ir a Biarritz.

MIG. ¿A pasar el día?

MIMI. A quedarnos allí lo que resta de la temporada de verano.

MIG. Pero ¿qué dices, hija?

MIMI. ¡Lo que oyes, papá! Yo aquí no sigo ni un día más. ¡Ni un día más!

MIG. Pero ¿qué ventolera es ésta?

MIMI. Ventolera, ninguna.

LOLO. Con lo bonito que está San Sebastián ahora, libre del bullicio de agosto.

MIMI. ¡Para quien le guste!

MIG. Comprende, Mimí...

MIMI. No comprendo nada. ¡Si vosotros no queréis acompañarme, me iré yo sola, que a nadie necesito!

MIG. ¿Dónde se ha visto locura semejante?

MIMI. ¡Si estoy loca!

MIG. Por lo menos, neurasténica sí que estás, hija mía.

MIMI. ¡Y más que me pondré, con tanto llevarme la contraria!

MIG. Pero ¿quién te lleva a ti la contraria, hija de mi alma, si me paso la vida satisfaciendo tus menores gustos y caprichos?

MIMI. ¡Ya se ve! Y te pido que nos vayamos a Bia-

rritz y llevas media hora haciéndome objeciones.

MIG. Señor, porque lo considero una cosa descabellada y sin fundamento. ¡Mira que irnos a Biarritz cuando escasamente nos queda una semana para volver a Madrid!...

MIMI. Pues esa semana, en San Sebastián no la paso. ¡Tira por donde quieras, pero no la paso en San Sebastián!

MIG. Pero ¿por qué?

MIMI. ¡Porque no! Ya es bastante razón, papaíto. *(Acercándose a don Miguel y haciéndole mimos y zalemas.)* ¡Anda, rico, precioso, encanto mío, llévame a Biarritz; dale esa satisfacción a tu hijita, papuchi! ¿Verdad que sí? ¿Verdad que nos vamos a ir esta misma mañana? ¿Sí?

MIG. *(Con la baba caída.)* Bien, mujer, bien; lo que tú quieras, lo que tú dispongas.

MIMI. *(Comiéndoselo a besos.)* ¡Ay, qué requetebueno es mi papainchi!

MIG. *(A Loló.)* ¿Quién la contraría?

LOLO. Y tú que te vuelves de miel en cuanto te hace cuatro mimos...

MIG. ¡Pobre muñeca! Es hija única, Loló, y la infeliz se ha criado sin madre.

LOLO. De eso se aprovecha ella.

MIG. Pero lo que no me explico es esta repentina manía que le ha tomado a San Sebastián. ¿Sabes tú algo?

LOLO. ¡Cualquiera sabe por dónde va la imaginación de la primita, tío!

MIG. ¡Hija de mi alma! ¡Es muy salada! *(A Mimí.)* ¿Estás contenta?

MIMI. *(Tomándole la cara.)* ¡Mucho, papuchi!

MIG. Pues ése es mi deseo, cielo mío. Habrá que avisar a Pepe, que se le dijo que no viniera con el coche hasta la hora del paseo.

MIMI. ¡Se le avisa! *(Por la izquierda del pasillo del foro sale el Maître d'hôtel.)*

MAIT. El señor Piña, que viene en seguida.

MIG. Está bien, maître. Tenga usted la bondad aho-

ra de llamar por teléfono al garaje Garnier y decirle al encargado que avise a nuestro chófer para que esté aquí con el coche a la una en punto, que nos marchamos a Biarritz.

MAIT. ¿De excursión? ¡Buen día hace para ello!

MIG. No, no. ¡Definitivamente! Para quedarnos allí hasta últimos de mes.

MAIT. ¿Cómo? Pero ¿dejan el Donostía? ¿Tienen los señores alguna queja del servicio?

MIG. Ninguna, maître; al contrario. Estamos muy agradecidos a todas las deferencias que han tenido para con nosotros.

MAIT. ¿Entonces?...

MIG. ¡Es un capricho de mi hija!

MAIT. Ya.

MIG. Conque ya lo sabe: avise al garaje y ténganos preparada la cuentecita para cuando volvamos de la playa.

MAIT. Perfectamente.

MIG. *(A Mimí.)* Y nuestro equipaje, ¿quién lo arregla?

MIMI. Doña Ambrosia... ¡Que haga algo en su vida! *(Asomándose a uno de los ventanales del foro y suponiéndose que habla con doña Ambrosia.)* ¿Doña Ambrosia? Venga usted. ¡Ya ha tomado usted bastante oxígeno! *(Volviendo a escena.)* Con el tiempo que lleva en el jardín, debe de tener los pulmones como dos balones de fútbol. *(A doña Ambrosia, que aparece por la puerta de entrada.)* Oiga usted, doña Ambrosia; suba usted a nuestras habitaciones, recójalo todo y cierre los baúles, que dentro de una hora salimos para Biarritz.

AMBRO. ¿Para Biarritz?

MIMI. Sí, señora; no se sorprenda usted. ¡Para Biarritz! Acabamos de decidirlo, en este instante, mi padre y yo. Conque, arriba, arriba, que no hay tiempo que perder.

AMBRO. Bueno, bueno; lo que la señorita mande. (¡Pues señor, ésta es una familia de locos!) *(Vase por el foro izquierda.)*

MAIT. *(A don Miguel.)* ¡Qué expeditiva!
MIG. No la conoce usted. ¡Tiene el espíritu de Hindenburg! *(Por la izquierda del pasillo del foro salen doña Luisa, una señora ya madura, y sus hijas Maruja Cisneros y Pilarín Cisneros, dos encantos de muchachas. Las tres visten vaporosos trajes de playa—el de la madre de tono menos claro—y llevan bolsos de costura y quitasoles.)*
MIMI. ¡Doña Luisa!
LOLO. ¡Maruja! ¡Pilarín! *(Besos, saludos, etc.)*
LUISA. ¿Van ustedes a la playa?
MIMI. Un momento: lo necesario para tomar el baño y volvernos al hotel, porque esta misma tarde, a la una, nos marchamos a Biarritz.
LUISA. ¿A Biarritz?
MARU. ¿A Biarritz?
PILA. Pero ¿para volver a la noche?
MIMI. No, no; para quedarnos allí.
PILA. ¿Es posible?
LUISA. ¿Nos abandonan ustedes?
MARU. ¡Qué fastidio!
MIMI. Lo ha decidido papá.
LUISA. ¿Usted, don Miguel?
MIG. Yo, no; diga usted que ha sido ella.
MIMI. ¡Los dos, papá!
MIG. Bueno; los dos.
LUISA. Pero ¡qué lástima!
MARU. ¿Y qué vamos a hacer nosotras aquí solas, mamá, sin Loló y sin Mimí? ¡Aburrirnos como ostras! ¿Por qué no nos vamos con ellas?
PILA. ¡Ay, sí, sí!
LOLO. Es lo mejor que podían ustedes resolver.
MARU. A nosotras, ¿qué más nos da, después de todo?
LUISA. Pero sin nada previsto...
MARU. ¡Qué importa! Tú te quedas aquí mientras nosotras vamos a la playa, y en ese tiempo arreglas los baúles. ¡Anda, mamá!
PILA. ¡Hazlo, mamá!

LUISA. Bueno, bueno. ¿Cómo ha de ser? ¡Los hijos mandan, don Miguel!

MIG. ¡Usted lo ha dicho, señora!

MAIT. (¡Pero esta niña me desaloja el hotel!)

MARU. *(Palmoteando de gozo.)* ¡Ole, ole!

PILA. ¡Qué alegría!

MIMI. Veréis lo bien que lo vamos a pasar. *(A Loló.)* Y tú no estés con esa cara tan triste, que ya procuraremos que Pepito Vázquez venga también con nosotros.

MARU. Oye, Mimí, y a Juanito Robles no me lo dejes aquí, por lo que más quieras.

MIMI. ¡Descuida! Yo me encargo de todo. *(A Carlitos Piña, que aparece por la izquierda del foro, con traje de playa.)* ¡Vamos, Carlitos!

CARLI. Perdónenme ustedes si les he hecho esperar mucho.

MARU. Anda tú, mamá.

LUISA. Bueno; pues hasta luego.

MIG. ¡Hasta luego, doña Luisa! *(Vase doña Luisa por la izquierda del pasillo del foro.)*

MIMI. *(A Carlitos.)* Sabrá usted que nos marchamos a Biarritz.

CARLI. ¡Ah! ¿Sí?

MIMI. Dentro de un ratito. Si usted nos quiere acompañar...

CARLI. Con mucho gusto, Mimí. Yo voy con usted al fin del mundo.

MIMI. Tenemos que hablar, ¿eh? Tiene usted un amigo que es un grosero y un mal educado.

CARLI. ¿Yo?

MIMI. ¡Ramón Longoria!

CARLI. ¿Ramón Longoria?

MIMI. Ramón Longoria. Y no poca culpa de este viaje la tiene su amigo de usted.

CARLI. Pero ¿cómo?

MIMI. Ya hablaremos, ya hablaremos. ¡Anda, papá! ¡Vamos, niñas! *(A Carlitos.)* ¡Es un grosero; lo que le digo a usted: un grosero! ¡Vamos, niñas! ¡Un grosero! *(Y salen por la puerta de entrada, animadamente, primero Mimí y Car-*

litos, y detrás, Loló, Maruja y Pilarín Cisneros y don Miguel. En escena queda solo el Maître.)

MAIT. ¡Qué desbandada! ¡Bueno se va a poner el patrón cuando lo sepa! *(Por la puerta de entrada aparece Taravilla, un hombre de cincuenta años, gastado y agotado, que viste con cierto desaliño de buen gusto.)*

TARA. *(Sentándose a una de las mesitas.)* Oye, tú: dí que me sirvan un whisky.

MAIT. Va en seguida, señor. *(El Maître se marcha por la izquierda del foro. Taravilla saca un pitillo y fuma. A poco, por la izquierda del pasillo del foro sale Ramón Longoria, con dos o tres hojas de telefonemas en la mano; se dirige hacia la puerta de entrada, pero se detiene en el centro de la escena al reconocer a Taravilla.)*

RAM. ¡Corcho! ¡Taravilla! ¿Tú?

TARA. *(Levantándose y abrazando a Ramón.)* ¡Ramonín!

RAM. Te hacía en Biarritz o en Montecarlo. En cualquier sitio menos aquí, donde no hay juego.

TARA. Y a Biarritz suelo ir casi todas las tardes. *(Se sientan.)*

RAM. ¿A jugar?

TARA. ¡Claro!

RAM. ¿Sigues con tu afición?

TARA. Es el único momento feliz de mi vida, en el que olvido todas mis amarguras, aquel que estoy ante el tapete verde.

RAM. ¡Con los sinsabores que te ha proporcionado el maldito juego!

TARA. Y ¿qué quieres? Esa pasión morirá conmigo.

RAM. Es extraño. Ella te trajo la ruina, apartó de tu lado a los tuyos, fué tu desdicha...

TARA. Y, sin embargo, constituye mi felicidad.

RAM. ¡Es extraño!

TARA. Nada en la vida comparable, Ramón, al momento de tener las cartas en la mano para ligar un póker, o al de ver la bolita rodar, cho-

cando en los azares. Lo de menos es ganar o perder. ¡Lo que me interesa es jugar!

RAM. ¡Eres un gran tipo, Taravilla!

TARA. Yo he jugado a todo, Ramonín. Muchas veces, cuando me encontraba sin blanca, allá en Madrid, he llegado a jugar hasta a la lotería de los automóviles.

RAM. ¿A la lotería de los automóviles? Y ¿qué es ello, Taravilla?

TARA. Muy sencillo. Me sentaba a la puerta del Casino, en la calle de Alcalá, y pacientemente iba apuntando el número de la matrícula de cada coche que pasaba, y luego, cuando se verificaba el sorteo de la Lotería Nacional, yo miraba en la lista cuántos de aquellos números habían sido favorecidos. Generalmente, no salía ninguno, y yo decía para mis adentros: "Dinero que me he ahorrado". Pero una vez tuve la satisfacción de ver premiado con el premio mayor uno de los números apuntados: el once mil veintidós—todavía lo recuerdo—, y no puedes imaginarte mi alegría. A punto estuve de desmayarme. "¡Me ha tocado el premio mayor!", gritaba. ¿Tú sabes lo que es esto? Durante todo el día me acompañó la ilusión de la fortuna conquistada, y únicamente al acostarme sin cenar aquella noche volví a la triste realidad.

RAM. ¡Pobre Taravilla!

TARA. Pero no me quejo. Ahora llevo una buena racha. Gano dinero en Biarritz. Vine a San Sebastián con quinientas pesetas, y tengo en el bolsillo setecientos francos.

RAM. No es mucho. Con el cambio, pierdes.

TARA. Ya lo sé; pero me hago la idea de que los francos son pesetas, y me encuentro en ganancias. ¿Qué más da? En la vida todo es ilusión, Ramonín.

RAM. ¡Verdad, Taravilla! *(Por la izquierda del foro sale Matilde, una camarerita del hotel, con el whisky pedido por Taravilla.)*

MATIL. El whisky, señor. ¿Para quién es?

TARA. Para mí. Sírvelo. *(A Ramón.)* ¿Tú quieres otro?

RAM. No; gracias. Me tengo que marchar a poner estos telefonemas. ¿Tú vives aquí?

TARA. Para lo que gustes mandar.

RAM. ¿Qué cuarto tienes?

TARA. El veintinueve, negro, impar y pasa.

RAM. *(Riéndose.)* ¡Taravilla!

TARA. ¡La costumbre, hijo! *(Matilde se marcha por el foro izquierda, y por la puerta de entrada aparecen Elena de Montalvo, condesa de Miraluz, y su esposo, Javier Miraluz, conde de Miraluz. Vienen de la playa. Ella es una mujer espléndida, algo otoñal, y él un tipo raquítico e insignificante, medio alelado y medio tonto.)*

RAM. ¡Me caí, Taravilla! ¡La condesa! ¡Echame un capote!

TARA. ¿A ti o al marido?

RAM. ¡Taravilla!

ELENA. *(Discutiendo con su marido.)* ¡Eres idiota, Javier!

JAVIER. ¡Claro! ¡Me casé contigo!... *(Ramón se pone de pie para saludarlos, y ellos cambian el tono acre de la discusión que sostienen por otro lleno de melifluidad y agrado.)*

RAM. ¡Querida condesa! ¡Querido conde!

ELENA. ¡Ramón! ¿Usted en San Sebastián? ¡Qué grata sorpresa!

RAM. He llegado esta mañana. ¿Cómo te va, Javier?

JAVIER. Rabiando, hijo. Con esta mujer al lado no hay dicha posible.

ELENA. ¡Calla, Javier, calla! Está de lo más antipático que pueda usted imaginarse. ¡Qué veranito estoy pasando a su lado!

JAVIER. ¡Imagina el mío! A ver si tú, con la influencia que ejerces sobre ella, logras distraerla y que me deje en paz.

ELENA. ¿Usted oye esto?

JAVIER. *(Acercándose a Taravilla.)* ¿Qué hay, amigo Taravilla?

TARA. Lo que usted diga, conde.

JAVIER. ¿Cómo pintan esos naipes?

TARA. Siempre bastos.

ELENA. *(En tono confidencial, a Ramón.)* ¿Sabías que estaba aquí?

RAM. Te juro que no. Ha sido casual nuestro encuentro.

ELENA. Ni por cortesía quieres que me envanezca de tu llegada.

RAM. Lo que no quiero es que te forjes engañosas ilusiones, siempre de pésimo resultado. Prefiero decirte la verdad a engañarte ni por cortesía.

ELENA. Tú ya no me quieres, Ramón.

RAM. Ese es otro cantar.

ELENA. ¡No me quieres, no me quieres!

RAM. Mujer, que está ahí tu marido, que te puede oír.

ELENA. ¡Tanto le importa! ¿Tú sabes la vida que me da? Vivo mártir, esclava suya... ¡Es un tirano!

RAM. Paciencia para llevar tu cruz con resignación, y habrás ganado el cielo.

ELENA. Eso, bueno que me lo diga el confesor; pero no tú, Ramón. ¡Tú no tienes derecho!

RAM. A aconsejarte bien todos tenemos derecho, Elena.

ELENA. ¡Déjame!

RAM. No te enfades, mujer. ¡Siempre eres la misma!

ELENA. No así tú, que varías según el viento que sopla.

RAM. ¡Calla! Tu marido se acerca. *(En efecto, Javier Miraluz se aproxima al grupo formado por Ramón y su esposa.)*

ELENA. *(En tono de amable cortesanía.)* Supongo que nos dispensará usted el honor de tomar una tarde el te con nosotros.

RAM. Con mucho gusto, condesa.

ELENA. ¡Que le cojo la palabra!

RAM. No hace falta, condesa. Soy yo el que tiene en ello un verdadero placer.

ELENA. Muy amable. *(Dándole la mano.)* Bien venido, Ramón.

RAM. Bien hallada, condesa. ¡Adiós, Javier!

JAVIER. *(Con tono de resignación.)* ¡Adiós, hijo! *(Y marcha, detrás de su esposa, por la izquierda del pasillo.)*

RAM. *(A Taravilla.)* ¡Me va a dar el te!

TARA. ¡Ya lo he oído ya! Pero... ¿aquello?

RAM. Achó. ¡De humor estoy yo ahora para líos! *(Dándole la mano a Taravilla.)* Bueno, Taravilla...

TARA. ¿Te marchas? *(Por la puerta de entrada entra rápidamente Carlitos Piña, radiante de alborozo, y se abraza a Ramón.)*

CARLI. ¡Ramón! ¡Ramón del alma mía! ¡Dame un abrazo! ¡Soy feliz!

RAM. ¿Qué te sucede, chiquillo?

CARLI. ¡Soy feliz! Te odia, te aborrece, abomina de ti.

RAM. Pero ¿quién?

CARLI. ¡Mimí Valdés!

RAM. ¿Mimí Valdés? ¿Y eso te hace feliz?

CARLI. ¡Claro, hombre! Por lo que sabes.

RAM. ¡Ah, ya!

CARLI. En fin, no te digo más sino que ahora mismo nos vamos a Biarritz por no volver a verte...

RAM. ¡Que me place!

CARLI. No sé lo que has hablado con ella ni qué inconveniencias le habrás dicho, que no te baja de grosero y te pone como no digan dueñas. A su padre y a mí y a las amigas nos lo ha contado, presa de santa indignación. Te aborrece, te odia. ¡Qué gran amigo eres! No te figuras lo agradecido que te estoy, Ramón.

RAM. ¡Menos mal! Bueno; anda, acompáñame a poner estos telefonemas, y por el camino me informarás de todo.

CARLI. ¡Quita, chico! Si vengo con el tiempo tasado para arreglar mi maleta; si están ya ahí a la

puerta los automóviles, y ellas no han de tardar en volver de la playa...

RAM. Entonces, ¿no nos vemos más?

CARLI. Por ahora, no. ¡Hasta Madrid!

RAM. *(Abrazando a Carlitos.)* ¡Pues hasta Madrid! ¡Que lleves buen viaje!

CARLI. Gracias, Ramón. ¡Te deberé la felicidad!

RAM. Ya te pasaré la cuenta.

CARLI. ¡Adiós, Ramón!

RAM. ¡Adiós, Carlitos! *(Carlitos echa a correr por la izquierda del pasillo del foro como alma que lleva el diablo. Ramón se encamina hacia la puerta de entrada.)* ¡Hasta luego, Taravilla!

TARA. ¡Hasta luego, Ramonín! *(Acaba de tomarse el whisky y se encamina hacia la izquierda del pasillo del foro.)* Si Dios quisiera que hoy me soplase la suerte... *(Ramón se ha marchado por la puerta de entrada.)* Uno, que hacen dos; dos, que hacen cuatro; cuatro, que hacen ocho; ocho, que hacen diez y seis... Treinta y dos, sesenta y cuatro, ciento veintiocho, doscientos cincuenta y seis... ¡La fortuna! ¡La prosperidad! *(Desaparece por la izquierda del pasillo del foro. Por la puerta de entrada irrumpen en el hall, como una tromba, Mimí Valdés, seguida de Maruja Cisneros y Pilarín Cisneros. Detrás llegan Loló Gracián y Pepito Vázquez, y, por último, don Miguel Valdés con Juanito Robles. Pepito Vázquez y Juanito Robles son dos pollitos "bien" de la última hornada. Pepito pretende a Loló Gracián, y Juanito, a Maruja Cisneros.)*

MIMI. ¡Vamos, vamos! Si no os dais un poquito de prisa, no sé a qué hora vamos a llegar. *(A las de Cisneros.)* Vosotras id a avisar a vuestra madre, que yo subo a prevenir a doña Ambrosia.

MARU. ¡Sube tú, Pilarín!

MIG. Yo, mientras tanto, voy a pagar la cuenta del hotel. *(Se va por la izquierda del pasillo, detrás de Mimí y de Pilarín Cisneros. Los que*

quedan se unen por parejas: Pepito Vázquez. con Loló, y Juanito Robles, con Maruja Cisneros.)

PEPI. ¡Qué barullo! ¡Qué torbellino! ¡Hay que ver esta Mimí la que ha armado en cinco minutos!

LOLO. ¡Y todo porque le ha sido antipático un huésped!

MARU. ¡Es terrible!

LOLO. Está muy mimada y consentida. Su padre no sabe negarle nada...

JUANI. Como hija única que es...

LOLO. Eso dice su padre. Pero siguiendo así, no sé dónde vamos a llegar. El día que le pida la luna, que no tardará en pedírsela, veremos lo que hace mi pobre tío Miguel.

MARU. Bueno, y, decididamente, ¿usted nos acompaña, Juanito?

JUANI. Ya le he prometido a usted, Maruja, ir a verla mañana.

MARU. Pero para quedarse allí unos días.

JUANI. No sé si me dejarán en casa. Como soy hijo de familia...

LOLO. Usted sí viene con nosotros, ¿no, Pepito?

PEPI. Si hay sitio...

LOLO. ¡De sobra! En el automóvil de la de Cisneros caben siete, y en el nuestro, cinco.

PEPI. Sí; pero cuente usted las maletas y las sombrereras...

LOLO. Nos hacemos cuenta de que es usted una maleta más.

PEPI. ¡Muy graciosa! *(Por la izquierda del pasillo del foro sale Mimí Valdés, sofocadísima.)*

MIMI. Bueno; ¿qué pasa? ¿Y papá? ¿Dónde se ha metido papá? *(A gritos.)* ¡Papá!

LOLO. No alborotes, Mimí, que ha ido a pagar la cuenta del hotel.

MIMI. Ya. ¡Vamos! *(A doña Luisa y doña Ambrosia, que salen por la izquierda del foro, seguidas de Pilarín Cisneros y cargadas de bultos. Detrás salen también el Maître d'hôtel y Matilde, con unas cuantas maletas y sombrereras.)*

¡Ande, doña Luisa; ande usted, doña Ambrosia; vayan saliendo y colocando todo eso en los automóviles!

LUISA. Lo que yo he sudado, para mí se queda. Hacer un equipaje como el nuestro en media hora, al demonio se le ocurre. Por supuesto, que no me volverá a suceder. *(Saludando a Pepito Vázquez y a Juanito Robles.)* Y a todo esto, buenas tardes, pollitos.

PEPI. Buenas.

JUANI. Buenas, doña Luisa.

MIMI. ¡Vaya, vaya, doña Luisa; no proteste usted, que después se alegrará! *(A don Miguel, que sale por la izquierda.)* ¡Vamos, papá!

MIG. Aquí estoy, hija mía.

MIMI. ¿Y Carlitos? ¿Dónde está Carlitos? *(Carlitos Piña aparece por la izquierda, con un guardapolvo y una maleta.)*

CARLI. Presente. Me parece que no he tardado mucho.

MIMI. Pues andad, vamos, vamos de prisita. ¡Doña Ambrosia! ¡Niñas! ¡Pollos! ¡Por Dios, que son las tantas! ¡Vamos, vamos! *(Se encaminan todos hacia la puerta de entrada, y van a salir en el momento en que vuelve de la calle Ramón Longoria. Las muchachas se apartan para dejarle pasar, y él cruza por entre ellas sin quitarse el sombrero ni hacer la menor demostración de cortesía; entra en el hall y desaparece por la izquierda del pasillo del foro. Cuando ha desaparecido se miran unos a otros los demás personajes.)*

LUISA. ¡Qué grosero!

LOLO. ¡Qué mal educado!

MIG. Pero ¿quién es este hombre?

MIMI. Pues éste es, papá; éste es Ramón Longoria.

MIG. ¡Ah! ¿Este es Ramón Longoria?

MIMI. A mí me pone de mal humor nada más verle; me crispan los nervios sus groserías. ¡Pasar por delante de señoras sin hacer una reverencia, ni quitarse el sombrero, ni dar las buenas

tardes!... ¡Es un ser odioso y repulsivo! ¡Antipático!

LOLO Tú también, Mimí, lo tomas tan a pecho...

MIMI. No lo puedo remediar. Confieso que su sola presencia me saca de mí. Porque yo le diría: "Venga usted acá, señor. Pero ¿usted quién es? Pero ¿quien se cree usted que es? Pero ¿qué vale usted? ¡Grosero, más que grosero! ¡Sucio!"

MIG. Es que le has tomado verdadera manía.

MIMI. ¡Antipático! ¿Qué se figurará que somos?

MIG. Vamos, hija, vamos; que eso es demasiado preocuparse por una persona que sólo merece el desprecio.

MIMI. Y llevas razón, papá; pero no lo puedo remediar.

MIG. ¡Anda! ¡Vamos! ¡Vámonos!

MIMI. ¡Tan contenta como estaba y del humor que me ha puesto!...

MIG. ¡Pero, hija!...

MIMI. *(Levantándose.)* ¡Y no voy a Biarritz!

TODOS. ¿Qué?

MIMI. ¡No voy!

MIG. ¡Criatura!

MIMI. Nada, nada: no voy. Váyanse ustedes. Les amargaría el viaje.

MIG. ¡Pero, hija!...

LOLO. ¡Pero, Mimí!...

MIG. ¿Encima de la que has armado? ¡Que están ahí los coches!

MIMI. ¡Que se vayan! ¡No voy, no voy; me quedo en el hotel! ¡Grosero! ¡Grosero!

LUISA. (¿Y para esto me he pasado yo la mañana sudando?)

CARLI. *(Bañándose en agua de rosas.)* (¡Hay que ver cómo le odia! ¡Soy feliz! ¡Esta no me la pisa!) *(Va cayendo el telón mientras los demás personajes dicen lo que sigue.)*

MARU. ¡Vamos, Mimí!

MIG. ¡Vamos, hija!

MIMI. No te canses, papá. ¡No voy! ¡Grosero!

MIG. ¡Pero, mujer!...
MIMI. ¡Grosero! *(Unos a otros se miran sin saber qué pensar ni qué hacer.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Se supone que han transcurrido tres días. Es por la tarde.

(Al levantarse el telón, aparecen en escena, haciendo labor de costura, doña Luisa y doña Ambrosia. Elena de Montalvo se entretiene pasando las hojas de una revista ilustrada. Elena de Montalvo tiene puesto un echarpe idéntico al que sacó Mimí en el primer acto. Un momento permanecen las tres mujeres abstraídas en su respectiva tarea.)

AMBRO. *(Dando un respingo.)* ¡No puedo más! Doña Luisa—y usted perdone que la moleste—, ¿quiere usted hacerme la merced de mirarme aquí, por la espalda, que debo de tener una pulga del tamaño de una gallina?
LUISA. ¡Ay! Me va usted a dispensar, doña Ambrosia, pero yo a las pulgas les temo más que a subir en el funicular de Igueldo.
AMBRO. Me está braceando. Cada picotazo me da, que me levanta en vilo.
LUISA. Lo creo. Una tuve yo abonada el verano pasado, que no me dejó vivir ni un solo día. Estas pulgas de San Sebastián no se parecen a las de ninguna parte. Saben latín.
AMBRO. ¡Saben vascuence, que es algo más difícil que el latín, doña Luisa!
LUISA. Lleva usted razón.

ELENA. Pues a mí las pulgas no me molestan; me hacen gracia.

AMBRO. ¡Ah! ¿Sí? *(Mirándose el hombro izquierdo y como si hablara con la pulga.)* Rica, preciosa, ¿por qué no me dejas en paz y te vas con la señora condesa, que serás muy bien recibida? ¡Anda, encanto; que mi sangre es roja y me la estás poniendo negra, y la de ella es azul; mucho más dulce! *(Dando otro respingo.)* ¡Ni por ésas! Se conoce que es comunista la pulguita ésta, y no quiere nada con la aristocracia. *(Dando nuevos respingos como si la pulga le hubiera dado nuevos picotazos.)* ¡Ay! ¡Ay! Me está dando la tarde. ¡Ay!

ELENA. *(Con sorna.)* ¿Pica, pica?

AMBRO. *(Llevándose la mano a la espalda para rascarse.)* Levanta ronchas, señora condesa.

ELENA. Son muy saladas; tan saltarinas, tan juguetonas...

AMBRO. (¡A ti te la ponía yo debajo del peluquín para que te divirtieras!) *(Dando otro respingo.)* ¡Ay! *(Levantándose.)* ¡Vaya, que no aguanto más! Ahora mismo voy a que me la busquen Matilde o cualquiera de las chicas. Señoras, con el permiso de ustedes.

LUISA Usted lo tiene, doña Ambrosia.

AMBRO. *(Encaminándose hacia el foro izquierda dando respingos y moviendo el busto.)* ¡Ay! ¡Ay! De esto a bailar la rumba, no hay más que un paso. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! *(Desaparece, dando respingos, por la izquierda del foro.)*

ELENA. ¿Es algo exagerada esta doña Ambrosia? *(Pequeña pausa.)*

LUISA. Se tardan los de la excursión.

ELENA. ¿Adónde han ido? ¿A Guetaria?

LUISA. Pensaban llegar hasta Zarauz para comer allí y regresar en las primeras horas de la tarde.

ELENA. *(Mirando su reloj de pulsera.)* Son las cuatro ¿Cuándo salieron?

LUISA. Esta mañana, a las diez. Ya podían estar aquí.

ELENA. Si se han entretenido un poco...

LUISA. Es que yo, a estas excursiones en auto les tengo un pánico... Y mucho más guiando Mimí, que es una loca; mete el pie al acelerador, y los cincuenta, los ochenta, los cien kilómetros en un abrir y cerrar de ojos. Ir con ella, sin haber tomado previamente la Extremaunción, es una verdadera temeridad.

ELENA. Guía muy bien Mimí. No pase usted cuidado, doña Luisa.

LUISA. Por mí, que ella se estrelle, mire usted, lo sentiría; pero yendo acompañada de mis hijas, la verdad, condesa... ¡Hasta que no las vea entrar por esa puerta, sanas y salvas, no me llega la camisa al cuerpo!

ELENA. ¡Ah! ¿Que han ido sus chicas?

LUISA. Mis chicas, y don Miguel, y la primita de Mimí, y Pepito Vázquez, y Carlitos Piña, y Juanito Robles, y ese amigo de Carlitos Piña al que Mimí le tiene tanta rabia: Ramón Longoria.

ELENA. ¿También Ramón Longoria es de los excursionistas?

LUISA. También. Como que casi se ha organizado por él la excursión; para que admirase ese paisaje de la costa, que no conocía. Mimí, en su deseo de captarse las simpatías del muchacho...

ELENA. ¿Que me dice usted? Pero Mimí ¿se ha enamorado de Ramón Longoria?

LUISA. Yo creo que sí, aunque ella asegure que sólo trata de humillarle para cobrarse de ciertos desaires que le ha hecho...

ELENA. Pues pierde su tiempo Mimí. Ramón es un hombre impecable. ¡Tiene más conchas que un galápago!

LUISA. Usted lo debe saber.

ELENA. *(En guardia.)* ¿Yo?

LUISA. Cuando lo dice...

ELENA. ¡Ah! Sí. Le conozco hace tiempo y me consta que es un camandrión de siete suelas. La que lo atrape, ya necesita ser lista. Y no es que yo

ponga en duda la listeza de Mimí, que es una muchacha inteligente y además millonaria, razón fundamental para conquistar al más reacio; pero Ramón siempre ha sido hombre poco partidario de las niñas; le han gustado las mujeres hechas y derechas.

LUISA. Usted lo debe saber, condesa.

ELENA. Porque lo sé, lo digo. *(Pausa.)*

LUISA. ¿Y el conde?

ELENA. Se fué a Biarritz esta mañana con Taravilla.

LUISA. ¿Volverá a la noche?

ELENA. Por mí, como si se quiere quedar allí. Me da igual. ¡Más harta me tiene!...

LUISA. ¿No es usted feliz, Elena?

ELENA. Pero ¿cómo quiere usted que sea feliz con un hombre a quien le importo un comino?

LUISA. No le importa él a usted mucho más, después de todo.

ELENA. Es verdad. Nos pagamos con la misma moneda.

LUISA. Y así da gusto. Cuando los matrimonios se corresponden es un encanto.

ELENA. ¿Se burla usted?

LUISA. ¡Dios me libre, señora! *(Dentro se oyen el sonar de unas bocinas de automóviles y el trepidar de unos motores como si hubiesen parado a la puerta del hotel dos o tres autos. Al ruido, doña Luisa se levanta y se asoma a uno de los ventanales del foro.)* ¿Eh? Me parece que ya están ahí los viajeros. ¡Sí! Ellos son. ¡Ay! No veo a mis hijas... ¡Sí! Ya salen del coche. ¡Gracias, Virgen Santísima, que me las devuelves intactas! *(Va hacia la puerta de entrada para esperar a sus retoños, que no tardan en aparecer. Llegan primero Maruja Cisneros y Pilarín Cisneros, después Loló Gracián con Pepito Vázquez y Juanito Robles, y, por último, Mimí Valdés con don Miguel y Ramón Longoria. Mimí Valdés viste un traje de moderna hechura, pero sin descote alguno, y con mangas que le llegan hasta la muñeca; en*

la mano trae un brazado de claveles que, al entrar, deja sobre cualquiera de las mesitas. Doña Luisa recibe a sus hijas con los brazos abiertos y con la misma emoción que si regresaran de la guerra.) ¡Hijas!...

MARU. ¡Mamá!

LUISA. ¿Qué tal lo habéis pasado?

MARU. ¡Muy bien, mamá! ¡Que te diga Pilarín! ¡Que te diga Juanito!

JUANI. ¡Estupendamente, doña Luisa!

PILA. ¡Nos hemos divertido un horror!

JUANI. Casi todo el trayecto a noventa por hora. *(Maruja y Pilarín hacen un movimiento de contrariedad.)*

LUISA. ¡Jesús! Para no contarlo en cuanto hubieseis cogido un bache en la carretera.

JUANI. ¡Menudas carreteras tiene Guipúzcoa!

LUISA. ¿Qué le dije yo a usted, condesa? ¡A noventa han ido! *(A sus hijas.)* Una y no más, Santo Tomás. Con Mimí no volvéis a ninguna parte como no sea en burro.

MARU. ¡En burro han ido éstos! *(Por los pollos.)*

LUISA. ¡Ah! ¿Sí?

PEPI. ¡Marujita!

MARU. ¡A ver! ¡Se han pasado la tarde diciendo burradas!

LOLO. Bueno; y los demás, ¿qué hacen?

JUANI. Ahí vienen.

LUISA. *(Mirando hacia la puerta de entrada.)* ¿Y Carlitos?

LOLO. Carlitos se ha quedado en Teléfonos, que tenía a las cuatro y media una conferencia con su familia. *(Entran en escena Mimí, Ramón Longoria y don Miguel; este último, tan fatigado, que se sienta en la primera silla que encuentra desocupada.)*

MIMI. ¡Ea! ¡Ya estamos aquí!

LUISA. ¡Gracias a Dios, hija, gracias a Dios!

MIMI. Ya ve usted que no nos ha pasado nada,

LUISA. Gracias a Dios, repito; pero con las niñas no sales más, Mimí.

MIMI. ¿Por qué?

LUISA. A ellas se lo he dicho. Me prometiste ir a una velocidad moderada, y toda la moderación ha consistido en caminar a noventa por hora.

MIMI. *(Volviéndose airadamente a las muchachas.)* ¿Quién se lo ha contado?

MARU. Este pasmarote. *(Por Juanito.)*

MIMI. ¡Idiota!

JUANI. ¡Señor, si era un secreto, me lo debías haber advertido!

LUISA. No, no; si yo celebro haberme enterado.

MIMI. Bueno, y después de todo, noventa por hora, ¿qué, doña Luisa?

LUISA. Nada, hija mía; un paso de tortuga.

MIMI. No diré yo tanto, pero poco más que un trote de diligencia, si vamos a mirar.

LUISA. ¡Ya se ve que tú no has ido en diligencia! Lo que no me explico es cómo tu padre te lo consiente. Por supuesto, bueno está tu padre.

MIG. Su padre, señora, está hecho migas. Y trae un calor... *(Se abanica con el sombrero.)*

MIMI. No me hables de calor, papá, porque yo estoy frita.

MIG. Como que a nadie más que a ti se le ocurre, con el día que hace, ponerse ese vestido.

MIMI. Es que tengo un catarrazo bestial. Y luego, además, que hay ciertas personas que una trata, que prefieren los trajes honestos con manga larga y sin escotes, y como una desea agradar a todo el mundo... *(Y mira a Ramón con la peor de las intenciones.)* ¿Verdad, Longoria?

RAM. *(¿Se ha estado o ha fingido no estar en lo que hablaba Mimí.)* ¿Eh? ¿Qué? No me he enterado, pero verdad será cuando usted lo dice.

MIMI. (Este hombre es más largo que de aquí a Lima.)

LOLO. ¿Te has fijado, Mimí, en el echarpe de la condesa? Es idéntico al tuyo.

MIMI. *(Mirando el echarpe.)* Cierto que sí. Y no es ésta la primera vez que hemos coincidido. Yo

no sé si ella me copia a mí o si yo la copio a ella, pero muchas de nuestras prendas son iguales.

ELENA. ¡Que tenemos los mismos gustos! *(Y mira a Ramón.)*

MIMI. *(Mirando a Ramón.)* ¡Eso será!

ELENA. ¿Ha oído usted, Ramón?

RAM. *(Como la vez anterior.)* ¿Cómo? No sé qué dice. Perdone usted, condesa.

LUISA. Longoria está hoy demasiado distraído.

RAM. ¡No, no, señora! Es que vengo encantado del paseo y me complazco en evocar con la imaginación cuanto han visto mis ojos. ¡Ha sido una excursión deliciosa, por la que he de guardar eterna gratitud a Mimí!

MIMI. No vale la pena.

RAM. Todo ese paisaje de la costa cantábrica, que yo desconocía, tiene un encanto indefinible. Apenas se sale de Orio y la carretera empieza a bordear el mar, es algo de sueño y maravilla.

MIG. *(Bostezando.)* ¡Desde luego! Algo de sueño y un poco de cansancio. *(Levantándose.)* Me voy a dar un baño, porque me caigo a chorros.

MIMI. ¡Papá!

MIG. ¿Qué te ocurre?

MIMI. ¿Un baño ahora? ¡A ver si estás en la digestión de la comida!...

MIG. ¡Hija, en la digestión! ¡Sabe Dios dónde estará ya el huevecito pasado por agua que me tomé a las once! Con el permiso de ustedes.

RAM. Vaya usted con Dios, don Miguel. *(Don Miguel se marcha por la izquierda del foro.)*

MIMI. *(A Loló, mientras se tira del cuello del vestido, que la oprime y la ahoga.)* ¡Estoy asada!

LOLO. Lo creo. Con ese cuello, que es una guillotina...

MIMI. Pero ¡que si quieres! Más duro está de pelar de lo que parece.

LOLO. Como que para mí que no vas a conseguir nada, primita.

MIMI. ¡Ca! ¡Ni lo pienses! Que yo hago que se me

declare y que luego le doy unas calabazas como para que pueda ir nadando a Buenos Aires es viejo. ¡Dejaría de ser quien soy! Es cuestión de amor propio.

LOLO. ¡Allá tú!

MIMI. Lo que necesito es quedarme a solas con él. ¡A ver cómo te las arreglas para ahuyentar de aquí a toda esta gente!

LOLO. ¡Lo intentaré! *(Va al grupo que forman Maruja, Pilarín, Pepito y Juanito, y habla con ellos en voz baja. Doña Luisa se ha sentado y ha vuelto a reanudar su labor. Elena y Ramón hablan aparte.)*

ELENA. Has cambiado mucho, Ramón.

RAM. No sé en qué puedas fundamentar esa idea.

ELENA. ¡En todo! No hay más que verte. ¡Hasta te has vuelto amigo de la infancia!

RAM. ¿Yo? ¡Qué tontería!

ELENA. Sí, sí. ¡Tontería! El que no te conozca, que te compre. *(Vase por la puerta de la sala de visitas, primera de la derecha. Un momento después, entre risas y bullicio, se meten también en la sala de visitas Maruja, Pilarín, Loló, Juanito y Pepito. A poco se asoma Loló a la puerta y llama a doña Luisa.)*

LOLO. ¿Doña Luisa? ¿Quiere usted hacer el favor de venir un momento?

LUISA. ¿Qué pasa?

LOLO. Haga usted el favor.

LUISA. Voy en seguida. *(Entran en la sala de visitas doña Luisa y Loló.)*

RAM. *(Un poco sorprendido.)* Pero ¿por qué se van? Observo, Mimí, que en cuanto nos ven juntos procuran dejarnos solos. ¿Qué se piensa esta gente?

MIMI. ¡Ah! No sé.

RAM. ¿Es que creen que somos novios o que lo vamos a ser? Porque no se explica de otra forma la actitud que han adoptado todos.

MIMI. Y a usted ¿le molesta?

RAM. A mí me es igual. Para hablar con usted, lo

mismo me da que haya testigos, que no los haya. Como no tengo que decirle nada reservado...

MIMI. Acaso ellos se figuren que sí.

RAM. Y de ahí mi protesta, precisamente; de que me crean tan necio o tan falto de conocimientos con mujeres, que necesite venir a San Sebastián para enamorarme de una, aun cuando esa una sea tan guapa y tan atrayente como usted. ¡Es irritante!

MIMI. Muy agradecida a su gentileza, pero no se enfade. Yo me marcho ya.

RAM. ¿Tan pronto?

MIMI. *(Con alegría.)* ¿Lo siente usted?

RAM. *(Con indiferencia.)* No. Usted es libre de hacer lo que quiera. Dije tan pronto, por decir algo. *(Volviéndole la espalda.)* ¡Vaya usted con Dios!

MIMI. *(Encaminándose hacia la sala de visitas.)* (Este hombre es incomprensible. Tiene la virtud de sacarme de mí, de crisparme los nervios...)

RAM. *(Volviendo la cara para verla marchar y observando que no ha recogido los claveles.)* ¿Se deja usted los claveles, Mimí?

MIMI. *(Encontrando un pretexto para no marcharse.)* ¡Ah! Es verdad. Los claveles. *(Va hacia la mesita donde los dejó y, mirando a Ramón con las de Caín, le dice mimosamente.)* ¿Quiere usted que le ponga uno?

RAM. No me gusta llevar flores en el ojal; pero póngalo usted. ¡Me es lo mismo!

MIMI. *(Tragando veneno.)* Si eso le desagrada...

RAM. Póngalo, póngalo.

MIMI. *(Haciendo un esfuerzo para dominar sus nervios y tomando un clavel del brazado.)* Este, el mejor, el más fragante...

RAM. ¡Me es igual!

MIMI. *(Tragando veneno nuevamente y valiéndose de toda su feminidad, mientras le pone el clavel en el ojal a Ramón Longoria.)* ¿Usted no se ha enamorado nunca, Longoria?

RAM. ¿Yo? ¡Valiente zanganada! Pero ¿usted cree en el amor? El amor es una cosa idiota. ¿Se ha enamorado usted, quizá, alguna vez?

MIMI. Nunca.

RAM. ¿Entonces?...

MIMI. Pero, vamos, decir que no me he enamorado, no quiere decir que no me enamore. ¿Quién está libre?...

RAM. Yo.

MIMI. ¿Usted?

RAM. Yo, Mimí. ¡Se lo juro!

MIMI. No jure usted una cosa que no depende de su voluntad.

RAM. ¿Quién ha dicho que no?

MIMI. Tienen tanto atractivo las mujeres, que muchos que han pensado como usted han caído luego. ¡Todo es hasta dar con la elegida!

RAM. Se equivoca usted. La mujer, como pasatiempo, como distracción, como aventura de unas horas, de unos días, de unos meses, encantadora; como esposa, como eterna compañera, como cadena que le sujeta a uno hasta la muerte, insoportable, odiosa. Vivimos en una sociedad muy mal constituída, Mimí. ¡Y así camina el mundo!

MIMI. Según eso, usted no encuentra encantos a la poesía del hogar, ni a la educación de los hijos, ni a la paz de la familia...

RAM. ¿La familia?... La familia es lo peor que se ha inventado: no hay razón ninguna que abone su existencia. Y se lo dice a usted, precisamente, un hombre cargado de familia, que no le proporciona más que beneficios. ¡Pero así y todo!... El mundo, tal como lo entiende la mayoría de los que lo habitan, es un completo disparate y se debe acabar. Y como medio para acabar con el mundo, yo no encuentro otro que la supresión del matrimonio. Mientras la vida esté regida por las leyes de ahora, es un verdadero delito la propagación de la especie,

un crimen nefando. (¡Estoy hecho un Lenín de vía estrecha! ¡No se quejará Carlitos!)

MIMI. *(Aterrada.)* ¡Jesús! Y eso, ¿qué es, Longoria? ¿Bolcheviquismo, anarquismo?...

RAM. *(Con gran prosopopeya.)* Esto es sentido común, Mimí.

MIMI. Pues más parece sentido singular y único; porque como usted piensa, no piensa nadie.

RAM. Porque nadie piensa. ¿Qué derecho hay para que nazca un ser a la vida? ¿Es la vida feliz? ¿Es eterna?... Pues si no es feliz, ni es eterna, y al ser que nace se le condena a luchar para vivir, y cuando, después de mil afanes y trabajos, se ha creado amistades y afectos que le hacen agradable su vida, llega la muerte a volverlo a la nada, los que se unieron para dar vida a aquel ser cometieron una infamia sin nombre.

MIMI. *(Horrorizada.)* ¡Señor, señor, cuánto desatino junto!

RAM. (¡La he dejado pegada a la pared!)

MIMI. Usted no está en su juicio, Longoria.

RAM. ¿Dice usted que no estoy en mi juicio, porque no estoy en el suyo? ¡Puede! Pero así pienso y así soy, y con manifestarlo no hago otra cosa que demostrarle a usted la franqueza de mi carácter. Aquí, donde todos callan lo que piensan, el que lo dice parece loco. ¡Puede! Si la locura es excepción en el mundo de los cuerdos, yo, que me considero exceptuado de este mundo, puede que sea loco. Pero prefiero tener la consciencia de mi locura a la inconsciencia de mi sensatez. ¡Palabra!

MIMI. ¡Muy bonito juego de vocablos! Como orador no le conocía, Longoria.

RAM. Hace tan poco tiempo que nos tratamos...

MIMI. Pero, francamente, a pesar de su elocuencia, no me ha convencido usted. Usted acabará casándose y sacando a sus niños a paseo.

RAM. *(Riéndose.)* ¡Qué horror!

MIMI. *(Mirándole de cerca fijamente y subrayando*

las palabras.) En cuanto una mujer se lo proponga. Y no le digo que esa mujer sea yo, porque no es usted mi tipo.

RAM. Lo celebro mucho, señorita.

MIMI. Pero si no soy yo, será otra. ¡Sacará usted sus niños a paseo! Claudicará usted. *(Ramón se sonríe burlonamente.)* Todos los revolucionarios han acabado siempre en ministros de la corona. Y usted, revolucionario del amor, acabará enamorándose de una mujer cualquiera y casándose con ella. ¡Al tiempo, al tiempo! *(Ramón se ríe a carcajadas.)* ¡Al tiempo, Longoria! *(Por la primera derecha sale Elena de Montalvo.)* ¡Hombre! ¡La condesa! Me gustaría saber qué piensa ella de sus teorías.

ELENA. ¿De qué se habla, que tan alegres les encuentro?

MIMI. *(Riéndose.)* ¡Este hombre, condesa, que no tiene atadero!

ELENA. ¿A quién se lo dice? Le trato hace más años que usted, y sé cómo las gasta.

RAM. ¡Por Dios, Elena! No me dé usted tan mala fama.

ELENA. Cada cual tiene la fama que se merece.

RAM. No quiero discutir con usted. ¡Cortesía obliga! Si me lo permiten, subo un momento a mi cuarto...

ELENA. Por mí, puede usted hacer lo que guste.

MIMI. Y por mí.

RAM. *(Inclinándose ante las dos.)* ¡A su devoción, amigas mías! *(Vase por la izquierda del foro.)*

MIMI. ¡Es muy simpático!

ELENA. Lo es, no le digo lo contrario: pero en esa avasalladora simpatía, que parece su mejor cualidad, está también, precisamente, el mayor defecto de Ramón Longoria. Sin querer, se mete en el corazón de quien le trata, gana la voluntad de quien le cultiva; pero como aquí, en el lado izquierdo, no tiene lo que tenemos los demás, hace mangas y capirotes del cariño, del afecto y de la estimación que en él se pusieron. Es

un hombre frío, egoísta y calculador. ¡No se fíe usted de él, Mimí!

MIMI. ¿Yo, condesa?

ELENA. Es un consejo que me dicta la amistad.

MIMI. Y que yo le agradezco en cuanto vale, pero que lo juzgo innecesario. Ramón Longoria no es, hasta ahora, para mí más que un conocido, uno de esos hombres con quienes hablamos por pasar el rato y que si alguna vez preferimos a otro cualquiera es porque más nos distrae con su charla, siempre interesante y llena de ideas peregrinas y extrañas.

ELENA. ¡Ahí está el peligro!

MIMI. No creo...

ELENA. Se lo dice quien lo sabe por experiencia.

MIMI. ¡Bah! No pretenderá usted hacerme sospechar que Ramón Longoria es una especie de Caballero Casanova o de don Juan Tenorio. Aparte de que si lo es va perdido. De haber vivido en estos tiempos el burlador de Sevilla, le aseguro a usted, condesa, que no es don Juan quien se lleva a doña Inés, sino doña Inés la que rapta a don Juan.

ELENA. Es muy posible.

MIMI. ¿Entonces?... ¿Dónde está el peligro?

ELENA. Me ha convencido usted.

MIMI. La vida progresa, Elena, y lo que ayer pudo parecer ley inmutable es hoy cosa movediza y sin fundamento. Los hombres, ahora más que nunca, están sólo a merced de nuestro capricho soberano.

ELENA. Desde luego usted tiene razón, Mimí, y le pido perdón por haberme permitido advertirle de un peligro que, si existe, será en todo caso para Ramón Longoria.

MIMI. ¡De acuerdo, condesa! A él sí, a él sí puede que le hagan falta sus consejos. *(Por la puerta de entrada aparece Javier Miraluz.)*

ELENA. *(Como imponiendo silencio a Mimí.)* ¡Mi marido! *(Acudiendo a recibirle.)* ¡Hola hombre!

JAVIER. Buenas tardes.

MIMI. Buenas tardes, Javier.
ELENA. ¿Has vuelto ya?
JAVIER. Me parece que no he tardado mucho.
ELENA. Por eso lo pregunto; extrañada de tu pronto regreso.
JAVIER. Chica, Biarritz, en esta época, está tan aburrido como San Sebastián. Hemos de ir pensando en el retorno a Madrid. No tienes idea del día que he pasado. ¡Menos mal que Taravilla, con sus continuas ocurrencias, me ha distraido un poco, que si no!...
MIMI. Y ¿qué ha hecho usted de Taravilla, conde? ¿Le ha dejado allí?
JAVIER. Por necesidad.
MIMI. ¿Cómo por necesidad?
JAVIER. Por necesidad se ha quedado él, que yo no le he dejado.
MIMI. Pues, ¿y eso?
JAVIER. Es una cosa que, de puro trágica, resulta cómica. En el día de hoy los francos han bajado cuatro enteros y el pobre Taravilla, con los cuatrocientos y pico que le quedan en la cartera, ha dicho, a mi parecer con buen acuerdo: no vuelvo a San Sebastián. —¡Pero Taravilla!... —¡Nada, que no vuelvo! Para que esto me valga unas pesetas en España he de poner dinero encima... Prefiero no moverme de aquí hasta que suba la cotización. Y allí le tienen ustedes, yo creo que para *in eternum*.
MIMI. ¡Seguro! ¡Pobre Taravilla!
ELENA. Pues yo no le compadezco, que todo lo que le pasa, él y nadie más que él se lo ha buscado. ¡Maldito juego! También a éste le gusta verlas venir. ¡De ahí tantos paseos a Biarritz!
JAVIER. ¡Es que me aburro, mujer!
ELENA. Yo también me aburro y no por eso juego.
JAVIER. ¡No juegas poco!
ELENA. ¿Yo?
JAVIER. Conmigo, al menos.
ELENA. No empieces, Javier, con tus patochadas. ¡An-

da, si te has de poner un poco más decente para acompañarme al Kursaal!

JAVIER. ¡Ah! Pero ¿tenemos Kursaal?

ELENA. Supongo que no se te habrá pasado por la imaginación que me vaya a estar toda la tarde encerrada en el hotel.

JAVIER. ¡De ninguna manera, mujer! Vamos adonde dispongas.

ELENA. *(Encaminándose hacia el foro izquierda.)* ¡Hasta luego, Mimí!

MIMI. ¡Hasta luego, Elena!

ELENA. ¡Anda, Javier!

JAVIER. ¡Voy, mujer, voy! *(A Mimí, en tono confidencial.)* No se case usted nunca, Mimí. ¡Es un consejo! *(Vase, siguiendo a su mujer, por la izquierda del foro.)*

MIMI. *(Con cierta sorna.)* ¡Vaya! Está hoy de consejos el matrimonio. *(Por la primera derecha, aparece Loló.)*

LOLO. ¿Mimí?

MIMI. ¿Qué hay?

LOLO. ¿Estás sola?

MIMI. *(Después de mirar burlonamente a todas partes y con voz de misterio.)* Creo que sí. ¿Qué pasa?

LOLO. Eso te pregunto yo: ¿qué pasa?

MIMI. Pues nada, chica; ya lo ves.

LOLO. ¿Ramón Longoria?

MIMI. Encastillado en sus desdenes.

LOLO. ¿Todavía?

MIMI. ¡Es un zorro viejo! Cuando se ve perdido se ampara en la literatura. ¡No hay forma de meterle el diente!

LOLO. Y tú...

MIMI. ¡Ah! Yo no cejo. Me he propuesto verle rendido a mis plantas y hasta que lo consiga no he de parar.

LOLO. ¡Ya hace falta tesón!

MIMI. Y yo lo tengo; tú lo sabes; para eso y para más. Sería la primera cosa que no se me lograra. ¡No, primita! Verás al señor Longoria

a mis pies, convertido en mansísimo cordero.

LOLO. Lo dudo, Mimí. Cuando ya no ha cedido es que no cede. La prueba de hoy era definitiva.

MIMI. ¡Y tan definitiva! Como que ya no puedo más. *(Desabrochándose el cuello del vestido.)* ¡Me ahogo! Pero si no ha cedido en ésta, cederá en otra. No hay que perder la confianza en una misma. Triunfaré. ¡Tenlo por seguro!

LOLO. ¡Ojalá! Aunque sólo sea para que te tranquilices y no vivas en el desasosiego de estos días.

MIMI. ¡Y que llevo tres que para mí se quedan!

LOLO. Aquí llega Carlitos. *(En efecto, por la puerta de entrada aparece Carlitos, con la satisfacción pintada en el rostro, con esa satisfacción inconfundible del hombre que vive en una* nube.)

CARLI. ¡Hola! ¿Qué? ¿Qué me cuentan ustedes? ¿Hemos avanzado en la conquista?

MIMI. Nada, Carlitos. De eso hablaba con Loló.

CARLI. Ya se lo previne a usted, Mimí. Longoria es un hombre invulnerable.

MIMI. Algún flaco tendrá.

CARLI. Ninguno. Todo en él es perfección acabada. Las mujeres se lo disputan. Es guapo, es rico, tiene una figura elegantísima...

MIMI. ¡No tanto, hijo! ¡Por Dios!

CARLI. Hablo por boca de usted, Mimí, el día que le vió aquí por vez primera.

MIMI. Sí, pero mirado más despacio no resulta tan pulido como usted lo pinta. ¡Es guapo, sí! Vamos... Guapo, guapo, lo que se dice guapo, no lo es. ¿A qué engañarnos? Esa nariz... ¿Usted se ha fijado en la nariz?

CARLI. No, Mimí; en la nariz no me he fijado.

MIMI. ¡Ah! Pues fíjese, fíjese.

CARLI. Me fijaré.

MIMI. Y luego, la figura... ¡La figura, sí! ¡Pero tampoco! La figura es una figura corriente. Que es alto y tiene buena facha. ¡Eso es todo! Pero, vamos, para ponerse tonto no es. ¡Apenas si hay hombres altos en el mundo!

CARLI. ¡Vaya! ¿A que va a resultar ahora que Ramón Longoria es una birria?

MIMI. ¡Anda! ¡Sí, señor! Para mí, birria y media. ¡Le odio, Carlitos, le odio! ¡No le puedo tragar!

CARLI. ¡Si supiera usted lo feliz que me hacen esas palabras!

MIMI. ¡Ah! ¡Desde luego! Comparado con usted, no hay ni qué hablar, Carlitos.

CARLI. ¿De veras, Mimí?

MIMI. ¡Y tan de veras!

CARLI. ¡Me convierte usted en el más dichoso de los hombres!

MIMI. ¿Dónde va a ponerse uno con otro? ¡Quite usted! ¡Por Dios!

CARLI. ¡Gracias, Mimí, muchas gracias! Yo le estimo, figúrese usted si se lo estimo el que usted me prefiera a los demás, pero sea usted justa. Ramón Longoria, a pesar de los defectos que usted le encuentra, no es tampoco como para tirarlo a la basura.

MIMI. ¿Que no?

CARLI. No, Mimí. Cuando usted le conozca más a fondo apreciará, sin duda, sus bellas cualidades. Tiene un corazón... Y una generosidad... Y unos sentimientos tan nobles y tan delicados...

MIMI. *(A Loló en tono confidencial.)* Pero ¿será idiota este hombre? ¿Pues no me lo pondera para que me enamore más de él? ¡Se necesita ser imbécil!

LOLO. *(A Mimí.)* ¡Déjale! El pobre no sabe lo que se pesca. *(A Carlitos.)* Bueno, Carlitos; con su permiso nos vamos al salón, que tenemos abandonadas a las chicas.

CARLI. Ustedes pueden ir donde les plazca. ¡No faltaba más!

MIMI. ¡Hasta ahora, Carlitos!

CARLI. ¡Hasta ahora, Mimí!

MIMI. *(A Loló, mientras ambas se dirigen hacia la primera derecha.)* ¡Mira que metérmelo por los ojos!... Cuando yo digo . *(Desaparecen las dos por la primera derecha.)*

CARLI. *(Lleno de satisfacción.)* ¡Ah! ¡Soy feliz! ¡Soy feliz! ¡Qué razón tenía yo! Esta... ¡ésta no me la pasa! *(Por la izquierda del foro sale Ramón Longoria persiguiendo a Matilde, que castamente rechaza el asedio.)*

RAM. ¡Pero ven aquí, muchacha!

MATIL. ¡Que me deje usted en paz, señorito!

RAM. Pero escucha...

MATIL. ¡Que se esté usted quieto!

RAM. ¡Atiende y no seas tonta!

MATIL. ¡Que no, señor! ¡Que usted se ha equivocado!

RAM. Por eso quiero rectificar.

MATIL. *(Apartándose de su lado violentamente.)* ¡Vamos! *(Y se va por la primera derecha.)*

RAM. *(Resignándose.)* ¡Bueno está!

CARLI. *(Con asombro.)* ¡Hombre! ¡Ramón! ¿Esas tenemos?

RAM. Chico, me trae de cabeza la doncellita, pero no hay manera de echarle el guante.

CARLI. Eso de que no hay manera... ¡Te diré!

RAM. No hay manera, Carlitos. ¡Te lo juro! Ligeros escarceos y nada más. Es una virtud, la doncellita. Y luego tiene unos puños... ¡Paisana de Uzcudum! ¡Imagina!

CARLI. ¡Ya estás tú buena pieza!

RAM. ¿Y que? ¿No me dices nada?

CARLI. ¿Yo?

RAM. ¿No me das las gracias siquiera? ¡Habrás visto que soy un amigo de los que quedan pocos!

CARLI. ¿Por qué?

RAM. ¡Anda! Pregunta que por qué, y merezco la lapidación. ¿Es que tú no te das cuenta de lo que yo estoy haciendo por ti?

CARLI. ¿Tú, por mí?

RAM. ¡Lo dicho! ¿A que va a resultar que me estoy sacrificando sin que se entere nadie? Porque la niña está para comérsela.

CARLI. Si no te explicas...

RAM. ¿Cómo que si me explico? ¿De modo que tú no ves que a la señorita de Valdés, a tu amada Mimí, le gusto yo más que otro poco y que

por cumplir la palabra empeñada me paso la vida haciéndole desprecios?

CARLI. ¡Ah! Pero ¿se trata de eso?

RAM. ¡Pues claro!

CARLI. ¿Que tú le gustas a Mimí?

RAM. ¿Cómo que si le gusto? Le gusto, que se le suelta el pelo cada vez que me mira. ¡No te digo más! *(Carlitos se ríe a carcajadas, y Ramón se muestra sorprendido.)* ¿Qué pasa?

CARLI. ¡Déjame que me ría!

RAM. Pero ¿a qué viene esa risa?

CARLI. ¿Que tú le gustas a Mimí?

RAM. ¡Un rato largo!

CARLI. *(Riéndose cada vez más.)* ¡Es que me troncho!

RAM. *(En vilo.)* Trónchate, pero aclara. ¿De qué te ríes?

CARLI. ¡Vamos, Ramoncito! No seas panoli.

RAM. ¿Cómo?

CARLI. En esta ocasión, se ha nublado tu estrella. Mimí no te puede ver. Te odia cada día más.

RAM. ¡Ah! ¿Sí?

CARLI. Para vengarse de ti, pretende meterte en la canasta, con el fin de soltarte unas calabazas del tamaño de la Equitativa. Esta vez has errado la puntería.

RAM. ¿Hablas en serio?

CARLI. ¡Y tan en serio! Como que ella misma me lo acaba de decir no hará cinco minutos.

RAM. ¡Que me place!

CARLI. Así es, que si tú te habías hecho ilusiones, si te gustaba la muchacha...

RAM. ¿A mí? ¿Gustarme a mí esa niña bitonga? ¡Vamos, Carlitos! Las quisquillas me han hecho siempre daño.

CARLI. ¡Hombre! No tan quisquilla, no tan quisquilla; que Mimí es preciosa. Tiene unos ojos... Y un cuerpo... Y una risa tan franca, tan alegre...

RAM. *(Con rabia.)* ¿No callarás?

CARLI. Perdona, chico.

RAM. ¡Está fresca Mimí!

CARLI. Eso quisiera ella. ¡Menudo vestido lleva puesto!

RAM. ¡Mimí! ¡Hasta el nombre es de perrita inglesa!

CARLI. Se llama Micaela, pero le dicen Mimí.

RAM. ¿Se llama Micaela? *(Se ríe.)*

CARLI. Ahora, que no se te ocurra nunca nombrarla de ese modo, porque se sube a las lámparas. Es con lo que no transige.

RAM. ¡Micaela! ¡Qué cosa tan ridícula!

CARLI. Como el padre se llama Miguel, fastidiaron a la chica en el bautizo. Pero todos la conocemos por Mimí.

RAM. ¡Micaela! *(Riéndose.)* ¡Es que me troncho!

CARLI. Ten cuidado, Ramón; que no se te vaya a escapar...

RAM. ¿Cómo? ¡En cuanto la vea, se lo suelto!

CARLI. ¡Ramón!... ¡Por tu vida!

RAM. ¡Bueno!

CARLI. ¡Ramón, no me comprometas!

RAM. *(Después de mirar hacia la primera derecha.)* ¡Vete, que vuelve la doncellita!

CARLI. ¡Ramón!

RAM. ¡Que te largues, hombre!

CARLI. (¡Este barbarote es capaz de hacer alguna de las suyas!...) *(En tono de súplica, desde el foro.)* ¡Ramón! *(Ramón le indica con un gesto que se vaya, y Carlitos desaparece por el foro izquierda. Ramón acecha el momento de la salida de Matilde, que no tarda en aparecer por la primera derecha.)*

RAM. ¡Matilde!

MATIL. Pero ¿otra vez, señorito?

RAM. Oyeme.

MATIL. ¡Sí que es usted pesado! *(Se dirige hacia el foro izquierda, perseguida por Ramón.)*

RAM. No seas arisca.

MATIL. ¡Déjeme!

RAM. *(Abrazándola por la espalda.)* ¡Matilde! *(Ella se vuelve y le suelta una sonora bofetada, desapareciendo por la izquierda del foro. En el*

mismo momento asoma Mimí, por la primera derecha, sorprendiendo la escena.)

MIMI. *(Con ironía.)* ¡Muy bonito! Y eso, ¿qué es, Longoria? ¿Sentido común?

RAM. *(Avergonzado.)* ¡Mimí!...

MIMI. ¡El invencible, el austero, el cohobita, persiguiendo a una criada!... Ya le dije yo a usted que se enamoraría de una mujer cualquiera; pero, vamos, lo que no pude sospechar es que fuese de una atropellaplatos.

RAM. ¡Mimí!...

MIMI. Ha quedado usted tan por los suelos, que casi se confunde con el parquet.

RAM. *(Con altivez.)* ¿Y eso qué es, Mimí? ¿Celos? ¿Despecho?

MIMI. ¿Cómo?

RAM. Pregunto yo.

MIMI. ¿Celos? ¿De quién? ¿De Matilde? ¡Por Dios!... Tiene usted una vanidad desmedida, una presunción sin límites. ¿Celos yo y de una criada? ¿Por quién me ha tomado? Aparte la razón fundamental de que para sentirse celosa, hay primero que sentirse enamorada.

RAM. Y usted lo está.

MIMI. ¿De quién? ¿De usted?

RAM. ¡De mí, de mí!

MIMI. ¡Longoria, es usted el hombre más estúpido que he conocido!

RAM. Gracias. No me importa el insulto; al contrario: me satisface, porque es una prueba más de que no me he equivocado esta vez. Ese insulto es hijo de la rabia de hallarse descubierta. ¡Me satisface!

MIMI. ¡Mire usted, Longoria, que voy a creer que está usted loco!

RAM. ¡Puede! Pero ya sabe usted el refrán: "Los niños y los locos dicen las verdades".

MIMI. ¡Longoria!

RAM. Usted, sin querer, seguramente sin querer, se ha enamorado de mí. Y yo lo siento, de verdad que lo siento, porque me es imposible co-

rresponderle. Pierde usted su tiempo, señorita, en esta loca aventura, emprendida en un momento de soberbia satánica para dar una satisfacción a su amor propio ofendido. Con otro hombre, tal vez hubiera usted logrado su intento; conmigo, no; conmigo, nunca. Y es más: yo podré quizá dejar de pensar como pienso hoy; podré acariciar, acaso, la idea de casarme; pero si me caso, le aseguro que me casaré con cualquiera, con cualquiera menos con usted, señorita. ¡Ya está dicho!

MIMI. ¡Es usted un grosero!

RAM. Insúlteme, insúlteme; no me importa.

MIMI. ¡Un mamarracho!

RAM. ¡Me satisface!

MIMI. ¡Un hombre sin educación, indigno de tratar con señoras!

RAM. ¡Me es igual! Pero lo dicho, dicho está. ¡Con cualquiera menos con usted, señorita! Buenas tardes..., ¡Micaela! *(Vase por la izquierda del foro.)*

MIMI. *(En el paroxismo de la indignación.)* ¿Qué? ¿Micaela? ¡Ay, Dios mío de mi alma, que me ha llamado Micaela! ¡Grosero! ¡Pingo! ¡Tenor de ópera! *(A las voces acuden Loló, por la primera derecha, y don Miguel, por el foro izquierda.)*

MIG. ¡Hija!

LOLO. ¡Mimí!

MIG. ¿Qué te sucede?

MIMI. ¡Ese hombre!...

MIG. ¿Quién?

MIMI. ¡Ramón Longoria! Me ha insultado, me ha dado calabazas.

MIG. ¿A ti?

LOLO. ¿Es posible?

MIG. *(Amenazador.)* Ahora verá él...

MIMI. *(Abrazándose a su padre.)* ¡Ay, no, papá; no le hagas nada, porque yo le quiero! ¡Conquístamelo tú!

MIG. ¿Qué dices, hija?

MIMI. ¡Conquístamelo, que es muy guapo, guapísimo; que es un sol! ¡Es un sol!
MIG. *(A Loló.)* ¿Tú oyes esto, Loló?
LOLO. No me extraña. Ya te he dicho muchas veces que acabaría pidiéndote la luna.
MIG. ¡Pero me pide el sol! ¡Mimí!
MIMI. *(Llorando.)* ¡Ay, papainchi!
MIG. ¡Verás tú, verás tú todavía lo que nos va a dar que hacer el dichoso Longoria! ¡Mimí, Mimí! ¡Hija!
MIMI. ¡Conquístamelo tú, papuchi, conquístamelo tú!

TELÓN

ACTO TERCERO

Gabinete elegantemente puesto y amueblado del piso que ocupa Ramón Longoria en una casa de nueva planta del barrio de Salamanca, en Madrid. Puerta al foro izquierda, que da a un pasillo, y otra en el lateral del mismo lado, que se supone comunica con el despacho de Longoria. A la derecha, un balcón. Las paredes, tapizadas con cretonas de colores vivos. Cortinas, alfombras, alguna piel de tigre, etc., etc. Un "bureau", una mesita baja con servicio para fumar, un par de butacones y algún que otro mueble de laca. En el ángulo de la derecha, una cama turca, cubierta por rica tela de damasco, y sobre ella, multitud de cojines de diversa forma y tapicería distinta; algunos almohadones por el suelo, al pie de la cama y de los butacones. Aparato de luz, pendiente del techo, al centro de la escena. Se imagina que del acto segundo al tercero ha transcurrido un mes, y que estamos, por lo tanto, a finales de octubre, en las primeras horas de una tarde fría y desapacible del otoño madrileño.

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. A poco, entran en el gabinete, por la puerta del foro, Carlitos Piña, a cuerpo y sin sombrero, seguido de Perico, criado de Ramón

Longoria, hombre de unos treinta años, más listo que un lince. Perico viste de negro.)

CARLI. ¿De modo que tu amo no está en casa?

PERI. No está, señorito Carlos; pero aguárdele usted, que no puede tardar.

CARLI. Y ¿en qué te fundas para suponer que no puede tardar? ¿Te ha dicho él algo?

PERI. El no me ha dicho na, porque hace un mes que el señorito Ramón no dice ni pío; metío en sí se pasa las horas, y entra y sale sin decir de dónde viene ni adónde va. Pa mí que está enamorao y mal correspondío. Pero uno, que no necesita que le digan na pa saber de to, sabe que el señorito no puede tardar porque esta mañana le he entrao una carta perfumá, con escudo en el sobre, igual a otras cartas que le entraba hace ya meses y que de pronto dejaron de venir. Y como ca vez que llegaba una carta de ésas se presentaba aquí, a las cuatro, una señora de to postín, llena de alhajas y oliendo a gloria bendita, pues yo me he dicho: "¿Son las tres? ¡Cátate que antes de media hora está aquí el dueño de la casa pa recibir a la condesa!" ¡Mecachis, que se me escapó!

CARLI. ¡Anda, que se te escapó! ¡A ver si crees que desde que dijiste lo del escudo en el sobre no sabía yo de quién se trataba!

PERI. ¡Verdad es que usté está en tos los secretos de mi amo!

CARLI. Pero oye, Perico: ¿es que lo de la condesa ha vuelto a reanudarse?

PERI. De eso no le puedo decir a usté ni palabra, porque ni palabra sé. Usté, en cambio, quizá que me pueda decir a mí lo que le pasa a mi amo.

CARLI. ¿Yo? ¡Si hace un mes que no le veo! Estuvo conmigo en San Sebastián, y desde entonces, que no me lo he vuelto a tropezar en ninguna parte. Esa y no otra es la razón de esta visi-

ta: enterarme de lo que le ocurre, saber dónde se esconde...

PERI. Pues aquí. De casa apenas si se mueve. ¿No le digo a usté?... ¡Si lo han cambiao, lo han vuelto del revés, señorito Carlos! El señorito Ramón no es conocío, no es ni sombra de lo que era.

CARLI. Bien está. Pues procuraremos informarnos de lo que le sucede.

PERI. ¡A ver si usté lo sonsaca, señorito! ¡Por supuesto que sí! El no tiene reservas con usté.

CARLI. Veremos, hijo, veremos. Y mientras llega, le aguardaremos fumando. ¿No te parece?...

PERI. Lo que el señorito quiera.

CARLI. ¿Qué tabaco fumáis ahora?

PERI. *(Presentándole una caja de pitillos, que recoge de la mesa.)* El señorito Ramón fuma de éste.

CARLI. ¿Y tú?

PERI. Yo fumo de éste y de éste. *(Presentándole otra caja de pitillos que también toma de la mesa.)*

CARLI. Está bien, hombre. Y ¿por cuál de las dos opinas que debo decidirme?

PERI. ¡Qué sé yo! El señorito puede tomar del que guste.

CARLI. No, no, Perico. ¡Aconséjame! Ya que tú participas de ambos, estás en la obligación de decirme cuál es la mejor.

PERI. *(Presentándole una de las cajas.)* Fume el señorito de éste. *(Carlitos coge un pitillo, lo enciende y fuma. Perico deja las cajas sobre la mesa.)*

CARLI. Está bien. Y tú, ¿no fumas?

PERI. ¿Delante del señorito?

CARLI. ¿Qué más da? ¡Fuma, hombre, fuma! Estás autorizado.

PERI. *(Tomando un cigarrillo de la caja que no le ha ofrecido a Carlitos.)* Vaya, pues, muchas gracias. Con permiso...

CARLI. Oye, oye, pero ¿cómo tomas un pitillo distinto del que me has aconsejado?

PERI. ¡Miramientos! Si el señorito hubiera fumao de éste, yo ahora fumaría del que fuma el señorito.

CARLI. ¡Está bien, hombre, está bien! A su modo es una delicadeza muy digna de estimar.

PERI. ¡Señor, que uno, aunque no haya tenío principios, sabe distinguir y no es cosa de que alterne, ni aun en la insignificancia de un pitillo, con las personas que no son de su igual, que ca uno es ca uno y bien está ca uno donde está ca uno!

CARLI. ¡Admirable filosofía! ¡Eres un gran hombre, Perico!

PERI. Yo no soy más que un simple criao, que sabe serlo, que sirve a un señorito que también sabe serlo; que no vaya usté a creerse que tos los criaos saben ser criaos, ni tos los señoritos, señoritos; que en eso hay mucha mescolanza

CARLI. ¡Mucha mescolanza! Tú lo has dicho. *(Pequeña pausa.)*

PERI. *(Prestando atención como si dentro se hubiese sentido algún ruido.)* ¿Eh? ¿Ha sonado el llavín de la puerta? *(Saliendo al pasillo del foro.)* Sí. ¡E! es! *(Volviendo a escena.)* Ya tiene usted aquí al señorito Ramón. *(Se esconde el pitillo a la espalda y con la otra mano levanta la cortina para dejar entrar a Ramón Longoria, que avanza por el pasillo, a cuerpo y sin sombrero, y con un ramo de flores en la mano, que deja sobre el "bureau", para saludar a Carlitos. Cuando Ramón Longoria ha entrado en escena, Perico se retira por el foro.)*

RAM. ¡Corcho! ¡Carlitos! ¿Tú en mi casa?

CARLI. Ya que la montaña no viene a mí...

RAM. Me proporcionas una gran alegría.

CARLI. No hay quien te eche la vista encima, muchacho. ¿Dónde te metes?

RAM. Apenas si voy a ningún sitio, apenas si salgo de casa...

CARLI. Ya me lo ha dicho tu criado.
RAM. Verás, entonces, que no te engaño.
CARLI. Ni había por qué. Pero ¿a qué obedece ese repentino retraimiento? Tú antes no eras así; salías, entrabas, bullías, se te veía en todas partes...
RAM. ¡Morriña, chico! No tengo gusto para nada. *(Se sientan.)*
CARLI. Y ¿cuál es la razón de esa morriña?
RAM. ¿Me lo preguntas a mí? ¿Lo sé yo, acaso? ¿Sabe el enfermo la razón de su enfermedad?
CARLI. Es que no hay nada en tu vida que justifique ese amago de tristeza. Eres rico, vives solo, te rifan las mujeres, tus padres están bien, gracias a Dios, allá en su tierra de Granada... ¿Qué razón hay, repito, para que tú te sientas entristecido? Como no sea que estés enamorado...
RAM. ¿Yo? ¿De quién?
CARLI. ¡Anda! ¿De quién? ¡De cualquiera! A lo mejor de Mimí Valdés.
RAM. *(Poniéndose serio repentinamente.)* ¡Carlitos!
CARLI. ¿He dicho una tontería?
RAM. Si quieres que nuestra buena amistad no se quebrante yo te suplico que nunca más, en mi presencia, vuelvas a nombrar a esa señorita
CARLI. *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Huy, huy, huy, Ramón! Tú estás perdido. ¡Tú estás enamorado de Mimí Valdés! Ahora ya no me cabe duda.
RAM. ¡Carlitos, yo te suplico!...
CARLI. ¡Nada, hombre, nada! ¡Ni súplicas, ni pamplinas! Tú estás enamorado. ¡Déjame de historias! Y no es lo malo que tú lo estés, sino que, para mi desventura, también ella lo está de ti.
RAM. ¿Ella, después de lo que pretendía?
CARLI. ¡Anda, anda! ¡Pretendía! Sí, sí. ¡El demonio que entienda a las mujeres! Así que tú te marchaste de San Sebastián y desde punto y hora que regresó con su familia a Madrid, que a Mimí no se le cae tu nombre de la boca. ¡Cla-

ro que te insulta! ¡Claro que te pone como los trapos! Pero claro también que a mí no me hace caso ninguno y que todo se le vuelve preguntarme: ¿qué es de Ramón Longoria? Pero ¿usted no le ve? ¡Y eso es muy significativo, chico! Cuenta, además, que, como tú, tampoco sale de casa y que se pasa el día lánguida y mustia y... ¡A ver qué es eso! ¡Nada, hombre, que, ni con promesa ni sin promesa, está de Dios que me las pises todas! Pero ¿qué les das a las mujeres, Ramón?

RAM. ¿Yo? Ya lo ves. ¡Disgustos!

CARLI. ¡Es curioso esto que a mí me sucede contigo!

RAM. *(Con una alegría y un interés que en vano trata de disimular.)* Bueno, escucha. ¿De verdad que te pregunta por mí?

CARLI. ¿No te digo que no sabe hablar de otra cosa?

RAM. Bueno, bueno; pero ¿qué te dice? ¿Qué te dice? Cuéntame.

CARLI. ¡Y lo negabas!

RAM. ¿El qué?

CARLI. Que estás enamorado.

RAM. ¿Yo? ¿De Mimí Valdés? ¡Y lo niego!

CARLI. ¡Ramoncito, que te frían un galápago!

RAM. ¡Que me lo frían! ¡Lo niego! Lo que siento es curiosidad.

CARLI. ¡Curiosidad! ¡Curiosidad!... ¡Ya estás tú buen peine! Si no mirara...

RAM. ¡Carlitos!

CARLI. *(Levantándose.)* ¡Déjame!

RAM. ¿De modo que te opones a decirme?...

CARLI. Me opongo a que te bañes en mi herida.

RAM. *(Levantándose.)* Carlitos, que yo te juro...

CARLI. ¡No me jures nada!

RAM. ¡Que te juro que esa mujer me importa un rábano!

CARLI. ¡Sabe Dios el valor que tú le darás a los rábanos!

RAM. El que tienen.

CARLI. ¡Déjame en paz!

RAM. ¿Te enfadas?

CARLI. Contigo, no; me enfado con mi estrella. ¡Qué mal hice en no dejarte marchar del Donostia cuando supiste que estaba allí la Miraluz! Otra hubiera sido mi suerte y otra, quizá, también la tuya; porque me figuro que no hubieras enchufado de nuevo con la condesa.

RAM. Y ¿quién te ha dicho?...

CARLI. ¿No son para ella esas flores? *(Las que Ramón ha dejado, al entrar, sobre el "bureau".)*

RAM. Para ella, precisamente, no; pero sí para recibirla a ella. No te has equivocado esta vez. La espero de un momento a otro.

CARLI. Lo cual equivale a decirme, con buenas palabras, que estoy aquí de más.

RAM. ¡Eso nunca, Carlitos!

CARLI. ¡Por supuesto, si estoy de más en todas partes!...

RAM. ¡Vamos, hombre! No te pongas así. ¡Ya lo verás! Mimí se casará contigo.

CARLI. ¿Encima pitorreo? ¡Porque eso sí que no lo aguanto, Ramón!

RAM. Perdona.

CARLI. Y dime; esto de la condesa, ¿cómo ha sido?

RAM. Pues nada, chico; el deseo de ella de recoger su correspondencia. En realidad, una entrevista dolorosa. ¡Te lo aseguro! Estos finales de cuentas son siempre motivo de enojo y malestar; pero se empeñó, y no he encontrado forma de negarme.

CARLI. Has hecho bien. *(Dándole la mano.)* Te dejo antes de que llegue.

RAM. ¿Adónde vas?

CARLI. A casa de Mimí.

RAM. ¿A casa de Mimí?

CARLI. ¿Quieres algo para ella?

RAM. Que le digas que me has visto y que no le guardo rencor.

CARLI. Se lo diré. *(Ramón se sonríe.)* ¡No, si todavía voy a acabar trayéndoos y llevándoos las cartas! Tú lo has de ver. ¡Fijo como el sol! Si soy un pedazo de calabacín más grande que...

¡Maldito sea mi sino negro!... *(Y dándose de bofetadas desaparece por el foro, seguido de Ramón, que se ríe a carcajadas.)*

RAM. *(Dentro.)* ¡Adiós, Carlitos, adiós! *(Volviendo a escena.)* ¡Es un excelentísimo muchacho! *(Coge las flores y busca donde colocarlas; al no encontrar nada a propósito, llama a su criado.)* ¿Perico? ¡Perico! *(A la puerta del foro aparece Perico.)*

PERI. ¿Señorito?

RAM. A ver un par de cacharritos con agua para colocar estas flores...

PERI. ¡En seguida! *(Vase por el foro. Ramón, en tanto, tararea cualquier frase de "La Boheme" en la que suene el nombre de Mimí, que él pronuncia con marcada delectación. Vuelve Perico, por el foro, con un par de cacharros de porcelana de Talavera, llenos de agua.)* ¿Sirven éstos, señorito?

RAM. ¡Vaya si sirven! Déjalos ahí. *(Sobre el "bureau".)* Te puedes retirar. Si viene una señora preguntando por mí, hazla pasar inmediatamente. *(Perico se marcha por el foro. Ramón se entretiene en colocar las flores en los jarrones con escrupulosa minuciosidad, y luego coloca los jarrones en cualquier parte; le parece que no lucen mucho, y los lleva a otro sitio. Durante todo este tiempo, no deja de tararear motivos de "La Boheme", de Puccini. Dentro se oyen murmullos como de dos hombres que discuten, y después se perciben claramente las voces de Perico y de don Miguel Valdés.)*

PERI. *(Dentro.)* ¡Señor; pero dígame usté quién es, pa yo anunciárselo!

MIG. *(Dentro.)* ¡Yo no necesito que nadie me anuncie; lo que necesito es ver al señor Longoria ahora mismo!

RAM. *(Alarmado ante las voces.)* ¿Eh? *(Saliendo al pasillo del foro donde aparecen, al levantar la cortina, Perico y don Miguel Valdés.)* ¿Qué pasa, Perico?

PERI. ¡Este señor!...

RAM. *(Con gran sorpresa.)* ¡Don Miguel!...

MIG. ¡Caballero!...

RAM. *(Haciéndole entrar en el gabinete.)* Pase usted, pase usted; no se quede en el pasillo. Tenga usted la bondad de pasar. *(Entran en escena Ramón Longoria y don Miguel; éste con gabán, sombrero y bastón en mano y gesto duro.)* ¿A qué debo la satisfacción?...

MIG. ¿Y aún tiene usted el valor de preguntármelo?

RAM. ¿Cómo?

MIG. ¿Dónde está mi hija? ¿Qué ha hecho usted de mi hija?

RAM. ¿Qué dice usted, don Miguel?

MIG. No se haga de nuevas y respóndame. ¿Dónde está mi hija?

RAM. Señor mío, yo le ruego a usted que se reporte y no dé esas voces, sobre todo hasta no aclarar este enigma. ¿Que dónde está su hija me pregunta usted a mí, que no la he visto desde que salí de San Sebastián? ¡Es peregrino!

MIG. ¿Peregrino? ¡Usted sí que es peregrino! *(Sacando una carta del bolsillo del gabán y entregándosela a Ramón.)* ¡Lea esa carta y confúndase!

RAM. *(Tomando la carta.)* ¡A ver! *(Leyendo en voz alta.)* "Me escapo con Ramón Longoria." *(Con sorpresa.)* ¿Eh? *(Leyendo de nuevo.)* "Si quieres saber de mí, vé a buscarme a su casa, Velázquez, 127. Mimí."

MIG. ¿Qué me dice usted ahora?

RAM. ¡Pero esto es una impostura infame, una acción indigna! Yo le juro a usted, don Miguel, que no me explico a qué puede obedecer esta carta, como no sea a una venganza de su hija, al deseo de jugarme una mala pasada. Yo le juro a usted que Mimí no está aquí y que no la he visto desde hace más de un mes. ¡Le doy a usted mi palabra de caballero!

MIG. ¡Señor Longoria!...

RAM. Abiertas tiene usted las puertas de mi casa para que por sus mismos ojos se cerciore de la verdad de lo que le digo. ¡Registre usted hasta el último rincón, si quiere, que nada encontrará! *(Llamando a su criado.)* ¡Perico! *(A la puerta del foro aparece Perico.)*

PERI. ¿Señorito?

RAM. ¡Acompaña a este señor a registrar la casa!

MIG. No hace falta, amigo Longoria. Hay tal acento de sinceridad en sus palabras, que es imposible dudar. Pero si no está aquí, ¿dónde está mi hija?

RAM. ¡Ah! Lo ignoro como usted.

MIG. ¡Mi hija está loca!

RAM. ¡Completamente de acuerdo!

MIG. Imagine usted mi sorpresa al llegar a casa y encontrarme con esta misiva. *(Recoge la carta de manos de Ramón y se la guarda.)* ¡Póngase usted en mi situación!

RAM. Me hago cargo de ella y soy el primero en lamentarla.

MIG. ¡Qué demonio de criatura! Yo le pido a usted mil perdones si he procedido con usted de un modo brusco...

RAM. ¡Ni hablar de eso, señor Valdés!

MIG. Pero colóquese en mi caso. Al fin soy padre, y un padre...

RAM. Está usted disculpado de todo. ¡No faltaba más!

MIG. ¡A sus órdenes, señor Longoria!

RAM. ¡A las suyas, señor Valdés! Ha tomado usted posesión de su casa... *(Trata de acompañarle.)*

MIG. No se moleste, no se moleste...

RAM. Tengo en ello un placer.

MIG. Pero señor, ¿con quién se habrá escapado esa chica? ¿Qué nueva locura será ésta? *(Desaparecen los dos por el foro, don Miguel y Ramón Longoria. Perico se queda en escena. A poco vuelve por el foro Ramón Longoria.)*

PERI. *(A Ramón.)* La señora condesa, que ha venío

mientras estaba usté aquí con ese caballero, le espera a usté en su despacho.

RAM. *(Descorriendo la cortina que cubre la puerta de la izquierda.)* ¡Elena! *(Perico se marcha por el foro. Por la izquierda aparece Elena de Montalvo con traje de calle y cuello de pieles, que se quita al entrar, arrojándolo sobre la cama turca.)*

ELENA. ¡Hola, Ramón!

RAM. ¿Has oído, mujer?

ELENA. *(Riéndose.)* No te preocupes. Alguna diablura de Mimí, que, enamorada de ti como está, es capaz de todo.

RAM. Sí, sí; pero resulta demasiado comprometido eso de decir "me escapo con Ramón Longoria" así, sin más ni más.

ELENA. No te preocupes. Lo que sea, sonará. Tú no conoces a Mimí.

RAM. No la conozco, llevas razón; pero si está loca, que la encierren.

ELENA. Y efectivamente, está loca; pero es por ti, porque tus desdenes le han vuelto el juicio.

RAM. ¡Mis desdenes! ¿Cabía otra cosa, sabiendo, como sabía, la pasión que sentía por ella Carlitos Piña?

ELENA. ¡Bueno, bueno! ¡Carlitos Piña! ¡Mucho le importa a Mimí Carlitos Piña!

RAM. Le importe o no, yo no podía hacer más que lo que hice; que no soy un Yago, ni un traidor de melodrama, ni menos un amigo cobarde y desleal. Carlitos me suplicó que le respetara a Mimí, y a las insinuaciones y coqueterías de ella no he sabido corresponder más que con una discreta indiferencia. ¿Qué pretendía? ¿Que la hiciera el amor?

ELENA. ¿Y por qué no, si te gustaba y te gusta?

RAM. ¿A mí?

ELENA. ¡A ti, Ramón! Me bastó ver una vez cómo la mirabas, para penetrar hasta el fondo de tu corazón. A otras podrás engañar. A mí, no,

que te conozco tan íntimamente. Y harías un bien casándote con Mimí.

RAM. ¿Y eres tú quien me lo aconseja?

ELENA. Sí, Ramón; yo. Harías un bien, te digo. Hora es ya de que sientes tu vida y formes tu hogar. Y esa mujer te hará feliz. Estoy segura de ello. Nuestro amor pasó, y de él ya en ti ni rescoldo queda. No puede, por tanto, ser un obstáculo para tu nueva dicha. ¡Cásate, Ramón, cásate! Te lo digo como lo siento

RAM. *(Cogiéndola las manos.)* ¡Elena!

ELENA. ¡Cásate!

RAM. *(Conmovido.)* ¡Elena!...

ELENA. Ante todo, gracias por haber accedido a concederme esta entrevista.

RAM. ¡Mujer! ¡Qué cosas se te ocurren!

ELENA. Pero quería yo despedirme de este amado rincón, tan íntimo, tan confortable, que tantos recuerdos encierra para mí...

RAM. ¿Quieres que nos sirvan el te?

ELENA. Es pronto todavía. ¿Dónde guardas mis cartas?

RAM. ¿Las quieres? *(Sacando del "bureau" un paquete de cartas atado por una cinta rosa.)* Tómalas.

ELENA. *(Guardando el paquete en su cartera.)* Mejor están en mi poder.

RAM. Eso es una suposición tuya.

ELENA. Así no tendrás que quemarlas la víspera de tu boda.

RAM. ¡Pero si Mimí se ha escapado, sabe Dios con quién! *(Riéndose.)* ¡Eres definitiva, Elena! *(A la puerta del foro suenan unos discretos golpecitos, que causan la sorpresa de los amantes.)* ¿Eh? ¡Calla! *(Vuelven a sonar los golpecitos.)* ¿Quién llama?

PERI. *(Dentro.)* Soy yo, señorito Ramón.

RAM. *(Airadamente.)* ¿Y qué quieres tú? ¿No tengo dicho que nadie me interrumpa?

PERI. *(Dentro.)* Perdone el señorito; pero...

ELENA. ¡Abre, a ver!

RAM. *(Abriendo la puerta del foro, a la cual aparece, todo azorado, Perico.)* ¿Qué es lo que te ocurre?

PERI. El señor conde de Miraluz, que desea hablar con el señor.

RAM. ¿Qué?

ELENA. (¡Mi marido!)

RAM. ¿Y le has dicho que estoy?

PERI. Yo, no; pero ha debido preguntar en la portería. Le he dicho que el señor no recibía, y él ha insistido en pasar. Dice que le es urgente ver al señor, y está esperando en la antesala.

RAM. *(A Elena.)* ¡Qué raro!

ELENA. ¿Me habrá visto? ¿Me habrá seguido? ¿Sospechará algo?...

RAM. No creo... Lo mejor de todo es recibirle, para ahuyentar cualquier sospecha. *(A Perico.)* Dile que pase. *(Perico se va por el foro.)* Y tú, escóndete ahí. *(Indicándola la puerta de la izquierda.)*

ELENA. ¡Qué contrariedad! *(En la precipitación, se va por la izquierda, dejándose olvidadas las pieles.)*

RAM. ¡Qué cosa tan extraña!... *(Saliendo al pasillo a recibir al conde de Miraluz.)* ¡Javier! *(Entran en escena, por la puerta del foro, Ramón Longoria y Javier Miraluz, este último con gabán y sombrero en mano y dando muestras de visible excitación.)*

JAVIER. Perdona, hijo, si vengo a importunarte. ¿Tenías visita? ¿Te he deshecho alguna combinación?

RAM. ¿Quieres callar? Trabajaba y había dado orden de que no recibía... Pero ¡siéntate, siéntate!... ¿Qué te sucede? Algo grave es cuando tú vienes a buscarme.

JAVIER. ¡Muy grave, hijo, muy grave!

RAM. ¡Vamos, habla! Tranquilízate. ¿Qué es ello?

JAVIER. Un compromiso horrible. Si tú no me sacas del atolladero, no sé qué voy a hacer.

RAM. Explícate.

JAVIER. Anoche jugué en el Casino y perdí cuanto tenía. Con el afán del desquite, solicité dinero, que me facilitaron unos cuantos consocios. No me desquité; pero la cantidad prestada asciende a siete mil pesetas y he de devolverla antes de las veinticuatro horas. A mi mujer no me he atrevido a decirle nada, porque ya sabes tú lo a mal que lleva Elena esta pasión mía por el juego. En mi desesperación me he acordado de ti, y en tu busca he venido, para que me salves.

RAM. ¡Sí, Javier, sí! Y, desde luego, has hecho bien en contar conmigo; pero, de momento, yo no dispongo de esa suma.

JAVIER. Pues me arruinas, me trituras, me llevas al descrédito...

RAM. Lo deploro. Si aguardas a mañana a que se abran los Bancos...

JAVIER. ¡Imposible!

RAM. Entonces, chico, lamentándolo mucho...

JAVIER. ¡Cómo ha de ser! Sondearemos por otra parte. ¿Acaso Villaurrutia?...

RAM. ¡Seguro! Ese, sin duda alguna, te las proporciona.

JAVIER. *(Levantándose.)* ¡Pues voy a verle cuanto antes!

RAM. Y tú ya sabes, ¿eh? Si mañana te hacen falta, aunque sólo sea para devolvérselas a Villaurrutia, no tienes más que darme un golpe de teléfono...

JAVIER. Gracias, Ramón. ¡Tú eres un amigo! Y te repito otra vez que me perdones si, por casualidad, te he majado alguna combina...

RAM. *(Riéndose.)* ¡Que no, hombre, que no!

JAVIER. ¿Lo niegas? Pues para que veas que más pronto se coge a un embustero que a un cojo. *(Tomando las pieles que hace tiempo ha visto sobre la cama turca y presentándoselas.)* ¿De quién son esas pieles?

RAM. *(Demudado.)* (¡Cristo! ¡Las pieles!)

JAVIER. *(Risueño.)* ¿Eh? Vamos a ver. ¿De quién son?

RAM. *(Tratando de quitárselas de la mano.)* ¡Deja eso, hombre!

JAVIER. *(Reconociendo de pronto las pieles y poniéndose lívido y desencajado por momentos.)* ¡No, aguarda, aguarda!... ¡Estas pieles son de mi mujer!

RAM. *(Echándolo a broma.)* Pero ¿qué dices, loco?

JAVIER. *(Seriamente.)* ¡Que estas pieles son de mi mujer!

RAM. ¡Pero, Javier!...

JAVIER. ¡Que aquí está mi mujer!

RAM. Me ofendes, Javier, al suponer...

JAVIER. *(Con ira reconcentrada.)* ¿Te ofendo, canalla, mal amigo?... *(A un movimiento de Javier, pretendiendo entrar de improviso por la puerta de la izquierda, se interpone Ramón.)*

RAM. ¡Javier!

JAVIER. ¡Déjame entrar en esa habitación!

RAM. *(Poniéndose delante de la puerta de la izquierda.)* No, Javier; en esa habitación no entras.

JAVIER. ¿Lo ves?

RAM. No entras, porque, efectivamente, dentro se esconde una mujer; pero una mujer que no es la tuya.

JAVIER. ¡Pruébamelo!

RAM. ¡No te canses, Javier!

JAVIER. ¡Déjame entrar, si no quieres que te cruce la cara!

RAM. ¡Que no entras, te digo! *(Luchan los dos a brazo partido. De pronto se abre la puerta de la izquierda y aparece Mimí Valdés, a cuerpo y sin sombrero. A su presencia, los dos hombres se separan sorprendidos.)*

MIMÍ. ¡Basta!

JAVIER. ¿Qué?

RAM. ¿Mimí?

MIMÍ. *(En voz baja a Ramón.)* ¡Micaela! ¡Ahora hablaremos! *(A Javier.)* Querido conde: la mujer soy yo, y esas pieles son mías. Nada de extraño tiene su confusión, dado el afán que

muestra su esposa en comprarse prendas similares a las que yo uso. Es la única disculpa que encuentro a su momentánea ofuscación. Esta ha sido causa de que lo que hasta ahora era un secreto para todos, deje de serlo para usted; pero confío en su caballerosidad y en su discreción, y estoy segura de que sabrá guardarlo dignamente.

JAVIER. De ello tenga usted la evidencia, Mimí. He sido un imbécil y un mentecato, y pido a ustedes que me perdonen.

MIMI. Va usted perdonado, Javier.

JAVIER. ¡A sus pies, Mimí! *(A Ramón.)* ¡Dispensa, chico! Pero ¿cómo iba yo a sospechar?...

RAM. *(Ingenuamente.)* ¡Ni yo!

JAVIER. He sido un cretino, un verdadero idiota... (¡Cuando se entere mi mujer!...) *(Vase por el foro más corrido que una mona.)*

RAM. ¡Oh, gracias, Mimí, muchas gracias! ¡Que Dios le pague lo que ha hecho!

MIMI. ¡Conste que no lo he hecho por usted, sino por salvar a mi amiga la condesa!

RAM. Es igual. Sea por lo que fuere, yo se lo estimo a usted del mismo modo.

MIMI. Y lo que lamento de todo corazón, señor Longoria, es haberle puesto a usted en el trance difícil de tener que casarse conmigo.

RAM. ¿Cómo?

MIMI. Después de la situación en que me he colocado ante el conde, creo que un caballero digno, ni puede ni debe hacer otra cosa.

RAM. ¿Casarme? ¿Casarme con usted? ¡Pero si es ése mi mayor deseo!

MIMI. ¡Ah! ¿Sí?

RAM. ¿Y lo dudaba?

MIMI. ¡Hombre! Tenía mis motivos. ¡Flojas calabazas me largó usted en San Sebastián!

RAM. ¡Perdón, Mimí! Fué todo ello hijo de una situación equívoca.

MIMI. ¡Podía usted haberlo dicho!

RAM. ¡Perdón!

MIMI. No lo merece.

RAM. Pero acláreme usted, Mimí, que la curiosidad me consume. ¿Cómo se encuentra usted en mi casa?

MIMI. ¡Ah! Pues... muy bien. ¡Encantada! ¡Ya lo ve usted! *(Sentándose en uno de los butacones.)* ¡Como en mi propio hogar!

RAM. No es eso, Mimí; no le pregunto eso.

MIMI. Ya. Usted lo que quiere saber es de qué medios me he valido para llegar hasta su presencia.

RAM. Exactamente.

MIMI. Pues... ¡muy sencillo! Ignorando su buena disposición al matrimonio y no aviniéndome a soportar por más tiempo sus reiterados desdenes, mi carabina, de acuerdo con su criado y mediante la entrega de unas pesetas, había convenido con Perico en que éste me facilitase el acceso a su domicilio. Yo, por otra parte y para hacer las cosas como Dios manda, le había dejado a mi padre una carta escrita diciéndole que me escapaba con usted, a fin de que él, no bien la recibiera, se presentase aquí a sorprendernos y le obligara a usted a darme su nombre. ¡Le advierto que no puede tardar mucho en llegar!

RAM. ¿Cómo que no, si ya ha estado aquí, causando mi estupor y mi extrañeza?

MIMI. ¡Ah! ¿Sí? ¡Lo siento! Una *panne* del taxi que me traía, que me ha retrasado media hora. Lo siento. ¡Pero volveré! Aunque ya no es preciso, por fortuna. Al entrar aquí y pasar a su despacho, me he encontrado a la pobre condesa toda apurada y llorosa, me he hecho cargo de su situación, y con gusto me he prestado a salvarla, dándole mis pieles que, en efecto, son iguales a las suyas, y haciéndole que huyera antes de que el conde saliese de esta casa. Y esto es todo lo ocurrido, señor Longoria. Ahora, es usted el que tiene la palabra.

RAM. ¿Yo, Mimí? Yo, de la satisfacción y de la ale-

gría de verla junto a mí, no sé ni qué pensar, ni qué decir, porque... ¡Porque te quiero, chiquilla! Te quiero desde que te vi. ¡Quién sabe si ya te quería antes de conocerte! Me enamoró tu garbo y me sedujo tu inquieta desenvoltura, tu desenfado gracioso, toda tú, que eres esencia de feminidad, divina hechura de mujer; pero la consideración y el respeto que me imponían las pretensiones de Carlitos sellaron mis labios y me hicieron presentarme ante tus ojos como un hombre grosero y descortés.

MIMI. ¿Luego usted confiesa que no me ha despreciado nunca?...

RAM. ¡Jamás!

MIMI. ¿Luego usted estaba enamorado de mí?

RAM. ¡Y lo estoy!

MIMI. ¿Luego usted declara que no sólo no le soy indiferente, sino que me adora?

RAM. ¡Te idolatro, chiquilla de mi alma! ¡Pero no me hables de usted por lo que más quieras!

MIMI. *(Poniéndose de pie.)* Perfectamente. Era cuanto necesitaba saber para dejar satisfecha mi vanidad.

RAM. ¿Cómo?

MIMI. He quedado contenta.

RAM. ¿De verdad, Mimí?

MIMI. ¡Muy contenta! Ahora, en cambio, sepa usted, señor mío, que usted me era y me es profundamente antipático...

RAM. ¿Qué?

MIMI. ¡Que le odio!

RAM. ¿Cómo?

MIMI. ¡Que le aborrezco!

RAM. ¡Mimí!

MIMI. ¡Que antes preferiría la muerte a unirme con usted!

RAM. ¡Pero, Mimí!...

MIMI. ¡Micaela!

RAM. ¡Bueno: Micaela!

MIMI. Y que nada me importa de cuanto aquí ha sucedido para considerarme obligada a darle a

usted mi mano, porque si alguna vez el conde se atreviera a poner en entredicho mi honor, ya la condesa, por la cuenta que le tiene, se encargaría de rehabilitarlo y... ¿qué más? ¡Nada más! Calabazas las de San Sebastián por calabazas las de Madrid, ahí lleva usted las suyas y quedamos en paz.

RAM. Pero comprenda usted, Mimí...

MIMI. *(Con un gesto olímpico.)* Buenas tardes..., ¡Teodomiro! *(Sale por el foro, dejando estupefacto a Ramón.)*

RAM. ¿Qué? ¿Teodomiro? Pero ¿quién le ha dicho que me llamo Teodomiro? ¡En mi vida me ha pasado nada igual! Pero ¿qué clase de mujer es ésta? *(Por el foro vuelve Mimí Valdés con la misma dignidad que se marchó.)*

MIMI. Perdón.

RAM. ¡Ah! ¿Vuelve usted? *(Con alegría.)*

MIMI. Vuelvo porque he dejado mi sombrero. *(Se va por la izquierda y sale a poco con el sombrero puesto; se coloca las pieles de la condesa y se dirige al foro.)*

RAM. *(Suplicante.)* ¡Mimí!...

MIMI. *(Displicente.)* ¡Adiós, Teodomiro! *(Sale por el foro.)*

RAM. ¡Mimí!... ¡Y se va! ¡Y me deja! ¡Se ha burlado de mí! He sido el juguete de su capricho... ¡Ah! Pero yo, no; conmigo, no. ¡Antes...! *(Torna Mimí Valdés, por el foro, toda azorada.)*

MIMI. ¡Ay, Ramón! ¡Ay, Ramón!

RAM. ¿Qué le sucede, señorita?

MIMI. ¡Mi padre! ¡Que está aquí mi padre; que no va usted a tener más remedio que acabar sacrificándose y casándose conmigo!

RAM. ¿Yo? ¿Y usted?

MIMI. ¡Yo, también! ¡Nos sacrificaremos los dos!

RAM. *(Dándole las manos.)* ¡Por fin! ¡Chiquilla mía!

MIMI. ¡Ramón! *(Se quedan mirando amorosamente.*

Por el foro entra don Miguel Valdés, hecho una fiera.)

MIG. ¡Vamos! ¡Ya quiso Dios! ¡Señor Longoria!... ¡Hija!

MIMI. ¡No te alteres, papá! Te presento a tu hijo.

MIG. ¿Cómo?

MIMI. Ramón Longoria está dispuesto a llevarme al altar, a ser mi marido.

MIG. ¡Lo celebro mucho! *(En tono confidencial, a Mimí.)* ¡Conste, niña, que me has hecho venir dos veces!

MIMI. Perdona, papá. El taxi ha tenido la culpa. ¡Abraza a Ramón!

MIG. ¡A mis brazos, hijos míos! *(Y los estrecha a los dos paternalmente. Dirigiéndose a Ramón.)* No sabes lo que te agradezco tu resolución y el peso que me quitas de encima. *(Por Mimí.)* Gobiérnala tú, si es que puedes, y si ella se deja gobernar.

MIMI. ¡Papuchi!... *(Por el foro entra Carlitos Piña, y se queda de una pieza al ver el cuadro.)*

CARLI. ¡Santas y buenas!... ¡Mi madre! Pero esto ¿qué es?

RAM. ¡Ya puedes figurártelo!

CARLI. ¿Que te casas con Mimí?

MIG. ¡Así parece!

CARLI. ¡No me extraña! ¡Sería la primera mujer que no me pisaras!... ¡Menos mal que ahora, ya casado, supongo que no me pisarás ninguna otra!

MIMI. ¡Lástima fuera! ¡De eso me encargo yo!

TELÓN